



## Asamblea General

Quincuagésimo tercer período de sesiones

**45<sup>a</sup>** sesión plenaria

Martes 27 de octubre de 1998, a las 15.00 horas

Nueva York

*Documentos Oficiales*

*Presidente:* Sr. Operti ..... (Uruguay)

*Se abre la sesión a las 15.15 horas.*

### **Tema 24 del programa** (continuación)

#### **Aplicación del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990, inclusive las medidas y recomendaciones convenidas en el examen de mitad de período**

##### **Informe del Secretario General sobre la marcha de los trabajos (A/53/390 y Add.1)**

**Sr. Azaiez** (Túnez) (*interpretación del francés*): Al intervenir hoy en el marco del tema 24 del programa, “Aplicación del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990, inclusive las medidas y recomendaciones convenidas en el examen de mitad de período”, la delegación de Túnez, que se asocia a la declaración formulada por Indonesia en nombre del Grupo de los 77 y China, desea realizar las observaciones siguientes.

Primeramente, me complace acoger con satisfacción el interés que la comunidad internacional ha manifestado por el desarrollo y el crecimiento de África. El Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990 ha venido a materializar a su vez el compromiso de las Naciones Unidas respecto de la emancipación económica del continente.

Este programa constituye la renovación del compromiso de los Estados Miembros de la Organización de apoyar los esfuerzos de África en materia de desarrollo. Para los Estados de África, es una muestra de fe y una señal de esperanza que los alienta en su lucha en pro del desarrollo, a pesar de los azares de la coyuntura internacional y de las dificultades del momento.

El examen de este tema por parte de la Asamblea General nos permite evaluar los progresos logrados desde que se efectuó el examen de mitad de período, hace dos años. Nos da también la oportunidad de identificar las principales dificultades con las que se ha tropezado en la aplicación del Nuevo Programa y de ajustar nuestro enfoque a fin de contemplar eventualmente nuevas medidas en previsión del examen y la evaluación finales que se llevarán a cabo en el año 2002.

El examen periódico del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990 nos permite, asimismo, definir mejor los objetivos a alcanzar y, de ser necesario, rectificar la mira en caso de que la situación económica de África en general siga frágil, aunque parece estar recuperándose.

En efecto, por primera vez desde hace más de 20 años, en 1995 aumentó el ingreso per cápita en todo el continente. Esta tendencia continuó en 1996 y, en menor medida, en 1997.

Sin pecar de un exceso de optimismo en el que algunos no han vacilado en caer, se puede afirmar que esta mejora ha ido acompañada de una notable reducción de la inflación y de una reducción de los déficit presupuestarios. En algunos países de África, incluso ha ido acompañada de un aumento de las corrientes de inversión extranjera directa.

Estos resultados son fruto de la aplicación de mejores disciplinas presupuestarias, de la adopción de buenas políticas macroeconómicas, de la reestructuración de las regulaciones y los sistemas bancarios y financieros, y del fortalecimiento de la capacidad de la transparencia de las instituciones administrativas y jurídicas.

Al analizar la cuestión de la utilización de los recursos internos junto con las reformas económicas a nivel del continente, en el informe del Secretario General (A/53/390) se señala que 22 países de África han concertado acuerdos con el Servicio reforzado de ajuste estructural, del Fondo Monetario Internacional (FMI). En el informe se añade que esas reformas estructurales han sido multisectoriales. Su objetivo ha sido el desarrollo del sector agrícola, la diversificación de las exportaciones, el fortalecimiento del papel de la pesca y la silvicultura, el mejoramiento y la racionalización de la gestión pública y el logro de un mejor rendimiento del sector de la energía.

En los programas de reforma y ajuste estructural que han iniciado los países de África se han conjugado, pues, las medidas de liberalización económica y comercial internas, el mejoramiento de la gestión financiera, la ampliación de la base de imposición, la modernización del régimen fiscal y el aumento de su eficacia y de su transparencia.

Siempre en el plano de las reformas, y conscientes del papel primordial que desempeña la sociedad civil en el éxito de toda empresa de renovación, los países africanos han intensificado el proceso de democratización y el fortalecimiento de la red de organizaciones civiles, en el marco de una buena gestión pública.

Ya se trate de las reformas económicas, de la promoción del sector privado y de las inversiones externas directas o de la profundización y el fortalecimiento de las estructuras democráticas de la sociedad, todos estos esfuerzos tienen como objetivo la creación de un entorno más atractivo para las corrientes de capital y para la asistencia oficial para el desarrollo.

Del informe del Secretario General sobre la movilización de recursos adicionales para el desarrollo de África (A/53/390/Add.1), sin embargo, parece desprenderse que los

países africanos no han conseguido invertir la tendencia negativa y que el continente sigue siendo poco atractivo para las inversiones extranjeras. En efecto, en el documento se señala que las corrientes netas de recursos hacia África han disminuido y que los países donantes han reducido sus préstamos. Esos países cuentan principalmente con el sector privado para proporcionar a los países en desarrollo la financiación que necesitan.

Lo más desconcertante es que la disminución de la parte que se asigna a África en esta ayuda cada vez menor haya tenido lugar en momentos en que el crecimiento económico de África se ha reiniciado como resultado de las sólidas medidas de reforma aplicadas por los países africanos. Como se señala en la conclusión del informe, la cuestión de las corrientes de recursos hacia África ha sido una preocupación permanente de las Naciones Unidas y de la comunidad internacional.

En ese sentido, está muy claro que la magnitud del problema y la complejidad de los obstáculos que debe superar el continente para construir los cimientos de su infraestructura y su desarrollo socioeconómico exigen que se muestre mucha más determinación y que se brinde a África un volumen mucho mayor de recursos tanto a nivel nacional como a nivel internacional, para asegurar que África, como otras regiones del mundo, pueda conseguir un crecimiento y un desarrollo sostenidos y duraderos.

No obstante, hay que reconocer que las actividades que actualmente llevan a cabo tanto los países industrializados como el sistema de las Naciones Unidas distan de estar a la altura de los problemas que debe enfrentar África. Esta insuficiencia se manifiesta tanto a nivel de la asistencia oficial para el desarrollo y de las inversiones como en el tratamiento del problema de la deuda.

Efectivamente, en el informe del Secretario General se indica que la mayor parte del incremento del flujo de capitales privados a los países en desarrollo no ha llegado a los países africanos, que en 1992 no recibieron más que un 3,4% de la suma total, y en 1996, el 2,7%.

La marginación de África en el ámbito de la inversión extranjera directa es comparable a su marginación en el comercio mundial. Esta situación es muy inquietante.

En el mismo documento se señala que el endeudamiento excesivo sigue siendo uno de los principales obstáculos con que tropieza África para su recuperación económica y su crecimiento sostenible. En efecto, entre los países en desarrollo los países africanos son los que, en función de

la relación entre la deuda externa y el producto interno bruto y en función del coeficiente del servicio de la deuda, tienen la deuda externa de mayor cuantía.

Los recientes progresos en la estrategia internacional de alivio de la deuda de los países pobres muy endeudados sin duda se harán sentir, pero aún hay mucho que hacer en relación con los países africanos de ingresos medios.

En este contexto, pensamos que deben adoptarse medidas urgentes para incrementar las corrientes de capital hacia los países de África. Estas medidas deben ir acompañadas del alivio de la carga que representa la deuda externa para los países africanos, a fin de que puedan pasar de la etapa del ajuste a la del desarrollo.

La comunidad internacional tiene el deber de sostener a África en sus esfuerzos por diversificar su economía y permitir que sus pueblos dejen de depender de la exportación de uno o dos productos básicos cuyos precios fluctúan a voluntad del mercado.

A este respecto, quiero referirme al informe del Secretario General sobre las estimaciones de los recursos necesarios para la ejecución del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990, en cuya conclusión se subraya que:

“la rigidez del entorno económico internacional, las dificultades económicas internas y la escasa disposición de algunos acreedores a adoptar medidas radicales han constituido obstáculos para la movilización de recursos financieros y el desarrollo de África.”  
(A/51/228/Add.1, párr. 53)

Y en el mismo documento se agrega:

“Los africanos y la comunidad internacional no pueden permitir que fracase otra iniciativa internacional para la recuperación y el desarrollo socioeconómico de África.” (Ibíd.)

Haciendo suya esta conclusión, Túnez, que expresa su reconocimiento por las numerosas iniciativas a favor de África que se mencionan en el informe del Secretario General sobre la aplicación del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990, desea dar las gracias de manera especial al Gobierno del Japón por los esfuerzos realizados a favor de África, cuya expresión concreta han sido las dos Conferencias Internacionales de Tokio sobre el desarrollo de África,

la segunda de las cuales se celebró en la capital del Japón hace unos días.

Finalmente, y en lo que atañe a la multiplicación de los programas a favor de África, mi delegación desea subrayar la necesidad de que se aplique el criterio de abordar la cuestión del desarrollo sostenible del continente en un marco armónico de alcance mundial. Este enfoque permitiría, al mismo tiempo, mantener la individualidad y la independencia de los programas. Lo que se desea es suscitar una sinergia entre las iniciativas bilaterales e internacionales en curso a fin de asegurar el éxito de las actividades realizadas, de optimar los resultados y de centrarlos en las esferas prioritarias que determinen los propios países africanos.

**Sr. Ka** (Senegal) (*interpretación del francés*): Mi delegación se suma a la declaración del representante de Indonesia pronunciada esta mañana en nombre del Grupo de los 77 y China, así como a las declaraciones que formularán posteriormente el representante de Nigeria en nombre de la Organización de la Unidad Africana (OUA) y el representante de Burkina Faso en nombre del Grupo de Estados de África.

Hace ocho años la Asamblea General, en su resolución 46/151, aprobó el Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990, tras el fracaso del Programa de Acción de las Naciones Unidas para la Recuperación Económica y el Desarrollo de África, que se había aprobado cuatro años antes.

Partiendo del principio de que la responsabilidad del desarrollo de África incumbe a los propios africanos, el Nuevo Programa definió un contrato según el cual África y la comunidad internacional asumían compromisos concretos. Por una parte, los países africanos debían emprender una serie de reformas políticas y económicas encaminadas a fomentar y reforzar la democratización y a movilizar los recursos internos con el fin de sentar las bases de un crecimiento económico sostenido, de integrar los factores ambientales y demográficos en las políticas de desarrollo y de proseguir el proceso de cooperación e integración económica regional y subregional.

Por su parte, la comunidad internacional se comprometía a apoyar y alentar esos esfuerzos mediante la adopción de medidas concretas para resolver el problema de la deuda, movilizar recursos adicionales con arreglo a la asistencia oficial para el desarrollo, apoyar la diversificación de las economías africanas y la integración económica regional y reducir e incluso eliminar las barreras arancela-

rias y no arancelarias a la exportación de los productos africanos.

En esencia, según lo dispuesto en la resolución 46/151, esa era la forma en que se repartían las responsabilidades en virtud del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990.

En el examen de mitad de período que realizamos en el quincuagésimo primer período de sesiones se reconocieron claramente los sostenidos esfuerzos realizados por los países africanos durante el actual decenio, tanto a nivel político, mediante la ampliación de la experiencia democrática, como a nivel económico, a través de la aplicación de planes rigurosos de ajuste estructural con consecuencias sociales a veces difíciles de soportar. A esos esfuerzos se añade el progresivo desarrollo de un clima interno propicio a la expansión de la iniciativa privada nacional y a la inversión extranjera directa.

Para la gran mayoría de los países africanos, ha llegado el momento de profundizar la política de liberalización, de simplificación de los procedimientos administrativos y de reforma fiscal.

En este sentido, el informe del Secretario General que figura en el documento A/53/390 suministra indicios alentadores en el análisis de los avances logrados en África. Observamos con interés la aparición de un cierto número de factores que constituyen lo que se ha convenido en llamar el “renacimiento africano”, que se caracteriza por una reducción importante de los déficit presupuestarios, por el mantenimiento de una tasa media de crecimiento anual del 4% al 5%, por el aumento de las asignaciones presupuestarias a los sectores sociales y por la disminución de los gastos militares.

A nivel continental, además de la prosecución del proceso de integración emprendido con la entrada en vigor del Tratado de Abuja, por el que se creó la Comunidad Económica Africana, una de las tareas prioritarias sigue siendo también el fomento de la paz y la estabilidad en el continente, como lo demuestra la creación, bajo la égida de la OUA, del Mecanismo de Prevención, Gestión y Solución de Conflictos. Pero esos logros no deben ser el árbol que no nos deja ver el bosque. Si bien la recuperación económica de África es perceptible, sigue siendo todavía muy frágil si se mira desde la perspectiva de lo que queda por hacer. La lucha contra la pobreza, la movilización del ahorro interno, el suministro de servicios sociales básicos, la salud y la educación para todos y el control de la tasa de crecimiento demográfico, entre otras cosas, siguen siendo motivo de

profunda preocupación para los dirigentes africanos. A ello se suman los riesgos de la marginación surgidos de la mundialización. En este contexto, es fácil observar que África es cada vez más frágil, ya que actualmente su participación en el comercio mundial sigue estancada en un nivel muy bajo, de aproximadamente el 2%, a pesar de los esfuerzos desplegados por los africanos para mejorar la competitividad de sus economías.

¿Qué se puede decir de la contribución de la comunidad internacional en apoyo del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990? Los hechos nos revelan un balance poco satisfactorio al menos en tres esferas cruciales, la primera de las cuales es el problema de la deuda. Para casi todos los países africanos, la carga de la deuda sigue representando un obstáculo grave para los esfuerzos en pro de la recuperación económica. Tomando como referencia el año 1995, en el informe del Secretario General sobre las causas de los conflictos y el fomento de la paz duradera y el desarrollo económico en África se señala lo siguiente:

“Para saldar plenamente el servicio de esa deuda, los países africanos habrían tenido que pagar a los donantes y a las instituciones de crédito externas más del 60% ... de ingresos derivados de las exportaciones ... .” (A/52/871, párr. 93)

La Iniciativa para la reducción de la deuda de los países pobres muy endeudados es sin duda loable, pero sigue limitada en cuanto a las condiciones requeridas de elegibilidad, a las modalidades de aplicación y a la insuficiencia de los fondos asignados. En realidad, sólo un enfoque mundial podría tener un impacto significativo en el tratamiento satisfactorio de la deuda africana en su conjunto.

La segunda esfera es la movilización de recursos. En este contexto cabe comprobar que la caída continua de la asistencia oficial para el desarrollo hasta niveles sin precedentes nos aleja del mandato del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990. Hay que reconocer y celebrar los esfuerzos especiales de aquellos países desarrollados que han alcanzado, e incluso sobrepasado, el objetivo de dedicar el 0,7% de su producto nacional bruto a la asistencia oficial para el desarrollo. Sin embargo, en general la movilización de recursos es uno de los grandes fallos de la aplicación del citado Nuevo Programa, especialmente teniendo en cuenta que hasta el momento África no ha logrado atraer más que una parte sumamente pequeña de la inversión privada directa.

Por último, en la esfera comercial, el desmoronamiento progresivo de los márgenes preferenciales otorgados a los países en desarrollo bajo el Sistema Generalizado de Preferencias genera enormes pérdidas en los ingresos por exportaciones, empeorando así el déficit de sus balanzas comerciales.

Asimismo, en el Estudio Económico y Social Mundial de 1998 se indica al respecto que en varios países los ajustes del comercio externo, lejos de hacer aumentar los ingresos y el empleo, han provocado, por el contrario, su disminución. África no escapa a esa observación preocupante.

El problema de la deuda, la baja movilización de los recursos y el comercio desigual son tres esferas importantes cuyo tratamiento determinará el éxito o el fracaso del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990, cuando se haga una evaluación. Hay maneras de solucionar estos problemas. Basta con contar con voluntad política. La comunidad internacional ha hecho frente a otros desafíos mucho más complejos.

Desde el Programa de Acción de las Naciones Unidas para la recuperación económica y el desarrollo de África (PANUREDA) hasta el Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990, sin olvidar la Iniciativa especial para África del sistema de las Naciones Unidas, la defensa de África ha tomado diversas formas durante el decenio que termina. Más que nunca ha llegado la hora de la acción en un espíritu de asociación, pues, en definitiva, la reactivación de África beneficiará no sólo a África sino también a sus socios, en términos de oportunidades de inversión y de conquista de algunos sectores del mercado.

Es así como el Senegal entiende la asociación para el desarrollo. Es un encuentro del dar y el recibir. Hagamos todos juntos un esfuerzo por evitar que cuando llegue el momento del examen final el Nuevo Programa no tenga el balance poco envidiable que tuvo el PANUREDA.

**Sr. Baali** (Argelia) (*interpretación del francés*): Dos semanas después de haber concluido el rico y fecundo debate que esta Asamblea dedicó a la situación general de África con ocasión del examen del ambicioso informe del Secretario General sobre las causas y las fuentes de conflicto en África, nuevamente estamos prestando atención a este continente, que hace frente con valor a desafíos tan complejos como múltiples y que —estamos convencidos—

posee los medios y las capacidades necesarias para su reactivación.

De hecho, el interés de nuestra Organización en África no data ni de algunas semanas ni de algunos meses atrás. En efecto, se ha materializado a lo largo de varias iniciativas emprendidas por el sistema de las Naciones Unidas, particularmente por la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, o por la Asamblea General misma, como es el caso del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990, cuya aplicación y medios de reactivación, sobre bases nuevas, estamos examinando hoy a la luz de las recomendaciones con frecuencia prudentes y concretas formuladas por el Secretario General.

Ante todo, es importante recordar que cuando se lanzó el Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990 se lo contempló, presentó y aceptó como un auténtico contrato de asociación entre África y la comunidad internacional. Los países africanos reconocieron entonces que les incumbía la responsabilidad primordial en la tarea de garantizar su desarrollo. Por su parte, la comunidad internacional se comprometió a apoyar los esfuerzos de África especialmente mediante la promoción efectiva de un entorno internacional favorable al proceso de reactivación y desarrollo acelerado del continente.

El examen de mitad de período de la aplicación de ese contrato, efectuado en 1996, nos llevó a dos conclusiones principales, que conservan su entera validez y plena pertinencia: primero, que los países africanos, a pesar de las innumerables dificultades a las que hacen frente, han dado prueba indiscutible de su compromiso efectivo en pro de esta asociación al haberse comprometido a emprender reformas políticas y económicas audaces, pero socialmente muy costosas, tendientes a promover la democracia y el estado de derecho y a sanear y liberalizar sus economías asignando, dentro de sus políticas de desarrollo, una parte y un papel mayores al sector privado; y, segundo, que los socios de África han mostrado un balance más bien insuficiente, incluso globalmente negativo, en lo que respecta a su apoyo a los esfuerzos emprendidos por los africanos, particularmente en las esferas de la deuda externa y de la asistencia oficial para el desarrollo.

Esa doble observación ha quedado ampliamente justificada y verificada en las importantes recomendaciones formuladas a raíz del examen de mitad de período, las cuales han venido a recordar a la comunidad internacional,

con un mayor sentido de solemnidad y urgencia, sus responsabilidades con respecto a África.

En el mismo orden de ideas, el informe sobre la marcha de los trabajos (A/53/390 y A/53/390 Add.1) presentado hoy por el Secretario General y los esfuerzos que despliega incansablemente por situar a África a la cabeza de las prioridades del programa internacional confirman la necesidad urgente de que la comunidad internacional brinde un mayor apoyo a África en su empresa de reactivación.

Dicho esto, sería injusto minimizar o negar los esfuerzos ya realizados por algunos socios de África en numerosas esferas, particularmente mediante la asistencia oficial para el desarrollo, el alivio de la deuda o, incluso, la apertura de los mercados a las exportaciones africanas. Sin embargo, esos esfuerzos siguen siendo sumamente insuficientes frente a las inmensas necesidades del continente y a los imperativos de su desarrollo.

Con un volumen de asistencia oficial para el desarrollo en constante disminución, una asfixiante carga de la deuda —ya que en 1996 representaba el 67% del producto nacional bruto—, un flujo de inversiones extranjeras directas muy modesto y mal distribuido, una gran dependencia de los productos básicos, incrementada por una considerable vulnerabilidad en esa esfera, una tasa ínfima de participación en los intercambios comerciales mundiales y unos indicadores de desarrollo social que se sitúan en el extremo inferior de la escala, África se presenta de forma patente como un continente afligido por graves obstáculos que dificultan sus esfuerzos por asentar y afianzar, de forma duradera, su proceso de desarrollo.

De hecho, si bien algunos países africanos han podido registrar ciertos comportamientos interesantes, el promedio del 4% que registró en 1997 el conjunto del continente sigue estando lejos del promedio del 6% al 8%, necesario para el desarrollo del continente, por lo que el interés de la comunidad internacional respecto de África no debe disminuir en modo alguno.

En efecto, si África debe, ante todo, contar consigo misma, y se aplica a ello con fe y determinación, en esta fase crítica de la evolución de las relaciones económicas internacionales —marcada por una mundialización desenfrenada que no conoce ni normas ni fronteras, en la que es más frágil y más vulnerable aún— debe igualmente poder contar con el apoyo de sus socios en el mundo para que su reactivación no se vea comprometida sino que, por el contrario, se vea firmemente acompañada, de manera que su

necesaria e ineluctable integración en la economía mundial se realice de modo progresivo y sin costos mayores.

En este contexto, hay dos ejes principales de las relaciones entre África y sus socios que deben seguir mereciendo nuestra atención: la movilización de recursos y la coordinación de múltiples iniciativas en pro del continente.

En cuanto a la movilización de recursos, conviene señalar que si bien África es consciente del esfuerzo que debe hacer a este respecto en el plano interno, los medios para conseguirlo se han reducido en la medida en que el ahorro interno tiene límites objetivos que dependen ante todo y sobre todo del saldo de los intercambios con el resto del mundo, el cual es tan irrisorio que sin duda alguna no permite hacer frente a las inmensas necesidades de financiación del desarrollo. De ello se deduce que ante la falta de una aportación externa importante en forma de asistencia oficial para el desarrollo, inversiones extranjeras directas masivas y corrientes de capital en condiciones favorables, no es probable que la situación en materia de movilización de recursos vaya a mejorar, lo que influye de manera perjudicial en las perspectivas de desarrollo y recuperación.

En cuanto a las iniciativas tanto multilaterales como bilaterales a favor del continente, son múltiples y variadas, y nos alegramos de ello. No obstante, como lo subraya el propio Secretario General en su informe, sus escasos resultados contrastan —de momento al menos— con su número. Por consiguiente, nos parece necesario que se haga un esfuerzo serio de coordinación y armonización de esas iniciativas, incluidas las surgidas del sistema de las Naciones Unidas, para obtener el mejor resultado posible de esas iniciativas y evitar la pérdida de los medios y recursos que África tanto necesita.

Los sectores en los que el Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990 parece estar estancado o perdiendo impulso son los mismos que el Secretario General identificó en su informe sobre las causas de los conflictos en África y respecto a los cuales pidió a la comunidad internacional que prestara su apoyo. A la espera de la evaluación final de la aplicación del Nuevo Programa, prevista para el año 2002, es indispensable que este apoyo se concrete rápidamente y que la solidaridad de la comunidad internacional no se reduzca solamente a declaraciones de intenciones.

Por su parte, África está decidida a seguir haciéndose cargo de su responsabilidad y a redoblar sus esfuerzos para lograr su entrada en el nuevo milenio y su integración en la

economía mundial, a fin de asegurar a las generaciones futuras las condiciones de vida y de seguridad a que tienen derecho y de ocupar el lugar que le corresponde en la comunidad de naciones del mundo.

**Sr. Kafando** (Burkina Faso) (*interpretación del francés*): El Secretario General nos ha presentado un informe sobre la marcha de los trabajos muy notable acerca de la importante cuestión que examinamos hoy: el Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990, inclusive las medidas y recomendaciones convenidas en el examen de mitad de período. Deseamos felicitar a él y a todos los expertos que le han ayudado a comprender un tema tan arduo como delicado.

Han transcurrido dos años desde que efectuamos el examen de mitad de período de la aplicación de este programa, dos años durante los cuales el ambiente mundial ha sufrido profundas transformaciones, entre las cuales una de las más importantes es la crisis sin precedentes que desestabiliza los fundamentos de la cooperación económica y financiera internacional. Los desafíos de la mundialización y de la liberalización de la economía, ya de por sí tan difíciles de afrontar para el conjunto de los países en desarrollo, son sin duda todavía más difíciles para los países africanos, la mayoría de los cuales figuran entre los países menos adelantados. Es en ese entorno de depresión económica en el que se debe abordar actualmente la cuestión del desarrollo del continente en vísperas del siglo XXI.

El examen de mitad de período permitió, por una parte, poner de relieve los sacrificios importantes y a menudo muy dolorosos que han emprendido los países africanos desde el comienzo del decenio en su búsqueda de un porvenir mejor para las poblaciones africanas y, por otra parte, subrayar la escasa prisa de una parte de la comunidad internacional para asumir la parte de responsabilidad que le incumbe en virtud de los compromisos contraídos.

Para infundir una nueva dinámica al crecimiento económico y al desarrollo duradero de África, se hicieron las pertinentes recomendaciones, tanto a los Estados africanos como a nuestros colaboradores y al sistema de las Naciones Unidas. Ciertamente, todavía estamos lejos de la evaluación definitiva, que sólo se esbozará durante el examen y la evaluación definitivos que tendrán lugar en el año 2002, pero sí es posible extraer desde ahora las principales orientaciones que ha tenido la acción de unos y otros desde 1996.

Hemos dicho en numerosas ocasiones que los países africanos son los primeros y principales arquitectos de su propio destino. Conscientes de esta realidad, no han dejado de emprender las iniciativas más arduas, de proceder a efectuar las reformas políticas y económicas indispensables para crear un entorno interno estable, saludable y, por tanto, estimulante.

Así pues, el refuerzo de sus capacidades, la integración de la mujer en el proceso de desarrollo, el desarrollo del sector agrícola y la protección del medio ambiente, la diversificación de sus exportaciones, el mejoramiento del rendimiento del sector de la energía, el reforzamiento de la eficacia y de la transparencia del régimen fiscal, la racionalización de la administración pública, la promoción del sector privado y la intensificación del proceso diplomático han pasado a ser prioridades absolutas de sus programas de desarrollo. Por otra parte, el compromiso a favor de la cooperación y la integración subregionales y regionales es más visible que nunca, ya que el logro de esos objetivos se considera como el jalón primero y más importante para eliminar las barreras comerciales y dar al continente acceso efectivo a las oportunidades del mercado mundial.

A pesar de todo, los problemas de fondo siguen existiendo, porque cerca de 300 millones de africanos viven todavía por debajo del umbral de la pobreza. Alrededor de una cuarta parte de los niños no tienen acceso a la escuela, para la mitad de la población el agua potable sigue siendo un artículo de lujo, y la salud para todos en el año 2000 sigue siendo solamente una consigna.

Tenemos una clara conciencia de nuestra parte de responsabilidad en esta situación y, al asumirla, estamos firmemente decididos a redoblar los esfuerzos para situar a África en la vía de un verdadero desarrollo endógeno siempre que la comunidad internacional nos ayude a dominar algunos obstáculos coyunturales y, sobre todo, estructurales que son en nosotros las verdaderas dificultades en esta labor. Estos obstáculos son fundamentalmente la mundialización, la carga de la deuda y el agotamiento de la ayuda.

Se ha reconocido que África es el continente sobre el cual los efectos de la mundialización son más perversos y en el que se hacen sentir más duramente. El Secretario General lo recuerda de manera muy oportuna en su informe:

“En general, ha aumentado la marginación de los países que no están en condiciones de aumentar sus exportaciones o de atraer inversiones rápidamente.

En el caso de África, la mundialización a corto plazo ha provocado una marginación importante del continente. Las exportaciones de África siguen limitadas a una estrecha gama de productos básicos, y se han hecho escasos progresos en cuanto a la diversificación hacia exportaciones no tradicionales, en especial productos manufacturados.” (A/53/390, párr. 87 y 88)

No se podría expresar mejor la gravedad de la situación.

¿Qué decir entonces de la carga de la deuda, esa especie de grillos que arrastramos y que, si no tenemos cuidado, podría bloquear para siempre nuestros esfuerzos en pro de la recuperación de nuestras economías y perpetuar el círculo vicioso de la dependencia? Consciente de la importancia de esta relación, el Secretario General, en su informe sobre las causas de los conflictos y el fomento de la paz duradera y el desarrollo sostenible en África, ha hecho propuestas muy pertinentes para remediarla.

Junto con esta se pusieron en marcha otras iniciativas, algunas de las cuales mostraron pronto sus limitaciones y no tuvieron éxito.

Sin embargo, la única solución viable para África sigue siendo la simple cancelación de la deuda, y los países más pobres deben recibir lo antes posible este beneficio.

El tercer obstáculo, y no menos importante, es la disminución de los recursos asignados al desarrollo. No se trata sólo de que la tasa de ahorro interno es insignificante en relación con lo que está en juego, sino también de que la tasa correspondiente a la inversión se mantiene baja, muy por debajo del nivel necesario para un crecimiento satisfactorio. Además, la participación de África en el total neto de corrientes de recursos que van a los países en desarrollo ha venido disminuyendo año a año, de manera inquietante.

Estas realidades, que el Secretario General señala a la atención en el documento A/53/390/Add.1, deberían haber provocado, por sí solas, una reacción decisiva de la comunidad internacional, que algunas veces está dispuesta a actuar para contener crisis menos peligrosas. Estas realidades deberían haber recordado a la comunidad internacional los compromisos asumidos cuando se estableció el Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990 y reafirmados en 1996 cuando renovamos nuestra común voluntad política de aplicar el Nuevo Programa.

Por consiguiente no deja de sorprendernos el agotamiento de la asistencia oficial para el desarrollo, que es la única fuente de financiamiento que, a priori, no requiere reembolso. Esto es más inexplicable aún porque los países africanos, mediante sus valientes reformas, han alcanzado objetivos que, por lógica, deberían haber estimulado el aumento de la asistencia oficial para el desarrollo. Por lo tanto, cabe preguntarse si existe una genuina voluntad de financiar el desarrollo de África.

Esto no significa que no reconozcamos el compromiso sincero y manifiesto de algunos países, cuyas políticas decididamente favorables a la cooperación para el desarrollo les han permitido alcanzar e incluso superar el objetivo del 0,7% del producto nacional bruto para la asistencia oficial para el desarrollo. Agradecemos profundamente a esos países en nombre de los hombres y las mujeres cuya existencia diaria mejoró gracias a la inestimable contribución de estos amigos.

Para revertir la actual tendencia en la esfera de la asistencia, el Secretario General recomienda soluciones que apoyamos plenamente.

El destino del Nuevo Programa también está en manos del sistema de las Naciones Unidas, cuya capacidad de coordinación y movilización en este aspecto es decisiva. No obstante, ha llegado el momento de que el sistema de las Naciones Unidas emprenda un análisis completo y objetivo de la miríada de programas, iniciativas y planes y programas de acción para África, que continúan multiplicándose y que en muchos casos revelan una aparente espontaneidad que podría dejar un regusto de moda y de oportunismo.

Es importante aclarar los vínculos que existen entre el Nuevo Programa y el informe del Secretario General sobre las causas de los conflictos en África. Esto tendría la ventaja de evitar una acrobacia como la que tuvimos que hacer a fin de que la Iniciativa especial para África del sistema de las Naciones Unidas fuese el instrumento de aplicación del Nuevo Programa. A nivel global también es imperativo armonizar las iniciativas, para que sus efectos no se reduzcan al mínimo.

La nueva asociación que deseamos debe estar orientada a las necesidades reales de los africanos y a las prioridades definidas por ellos. Esta iniciativa será la piedra angular de la cumbre económica que proyecta celebrar África en 1999 en Uagadugú, Burkina Faso. La idea de realizar esa cumbre demuestra que los problemas del desarrollo siguen constituyendo la primera y principal preocupación de África.

**Sr. Sharma** (India) (*interpretación del inglés*): Felicitamos al Secretario General por haber emprendido un análisis completo, que incita a la reflexión, de la aplicación del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990. Hemos leído los documentos con gran interés y creemos que se los debe considerar en conjunto con el informe del Secretario General sobre las causas de los conflictos y el fomento de la paz duradera y el desarrollo sostenible en África (A/52/871). Cuando la Asamblea General consideró este último informe afirmamos que había revelado sucintamente la compleja interacción de factores, fuerzas y hechos que han tenido una influencia importante en los acontecimientos ocurridos en África. Esto se aplica igualmente al informe que figura en el documento A/53/390 y a su adendo, que tenemos hoy ante nosotros.

África y la India están unidos por lazos que llegan lejos en la historia. En realidad, los geohistoriadores nos dicen que la India no fue sino una parte de ese gran continente antes de que el desplazamiento continental creara el Océano Índico. África y Asia han estado unidos por vínculos comerciales antiguos y extensos, por el intercambio de ideas y personas y, en la común experiencia del período colonial, por la inhabilitación, la privación y la explotación colectivas. Cuando ganamos nuestra libertad, tanto la India como los países de África enfrentamos gigantescos problemas de desarrollo.

Nuestro primer Primer Ministro, Jawaharlal Nehru, se refirió a esas aspiraciones compartidas cuando se dirigió a la primera Conferencia de Países de Asia y África, celebrada en Bandung. Dijo:

“Nos han dejado atrás en la carrera y ahora tenemos una oportunidad de recuperarnos. Tenemos que hacerlo rápidamente ... De lo contrario nos iremos diluyendo hasta desaparecer, para no volver a levantarnos por largo tiempo. Estamos decididos a no fracasar. En la nueva etapa de Asia y África estamos decididos a recuperarnos.”

Es esta promesa compartida la que nos impulsa al hablar sobre cuestiones que interesan a ese continente y pueblo hermano.

Compartimos las opiniones del Secretario General, expresadas en el comienzo mismo de su informe, de que una de las cuestiones críticas que impiden la aplicación del Nuevo Programa se vincula con los obstáculos con que se tropieza para aumentar las corrientes financieras hacia países de África. Hemos dicho antes que las mejores inten-

ciones y la mejor voluntad tienen que ir parejas con la provisión de recursos adecuados, que no sólo sean suficientes para la aplicación del Nuevo Programa para el Desarrollo de África sino que conduzcan a una tasa de crecimiento per cápita del producto interno bruto de más del 8,6% anual, que se juzga como el mínimo requerido para una lucha eficaz contra la pobreza en el continente africano. Esta es, ciertamente, la esencia del problema.

Otros países, en todo el mundo, han sufrido una situación similar y pueden identificarse fácilmente con África en cuanto a los desafíos que enfrenta. Sin embargo, como tuvimos ocasión de señalar el año pasado al referirnos al informe del Secretario General sobre las causas de los conflictos y el fomento de la paz duradera y el desarrollo sostenible en África, la diferencia fundamental es que mientras una Europa devastada recibió una infusión generosa y sostenida de capital en virtud del Plan Marshall, un insuficiente flujo de recursos financieros ha privado a la resurgente África de las perspectivas de desarrollo y crecimiento. Es necesario abordar la totalidad de este problema en forma amplia, eficaz y urgente.

Hace siete años, en 1991, estimamos que las necesidades de financiamiento externo de África para 1992 eran de 30.000 millones de dólares, y que dicha cifra debía ser seguida por un aumento anual de por lo menos el 4%. Hoy, por varias razones, las necesidades y la urgencia son mucho mayores. Esta preocupación es compartida por la comunidad internacional. Pero, con todo, como observa el Secretario General, el total neto de la corriente de recursos que van al continente africano continúa disminuyendo, de 28.200 millones de dólares en 1995 a 20.800 millones de dólares en 1996, lo que representa apenas un tercio del total de los requerimientos, estimados en 60.000 millones de dólares.

El continente africano sigue transfiriendo recursos al exterior en forma de ingresos netos de los factores de producción menos las subvenciones públicas provenientes del exterior. Como proporción del ahorro interno, dichas transferencias han representado más de la cuarta parte del ahorro interno que, ante todo, con un índice de 15,6% durante el período comprendido entre 1992 y 1997, es bajo. Esto da lugar a una reducción de los recursos internos netos disponibles para la inversión, lo que demuestra indiscutiblemente la importancia fundamental de los recursos externos para lograr la aceleración de las inversiones y el crecimiento en África.

Hemos tomado nota del hincapié que se hace en el aumento del nivel del ahorro interno y en la movilización de recursos para el crecimiento. Este es un objetivo enco-

miable. Las cuestiones estratégicas relativas al aumento de las tasas de ahorro interno no sólo han sido una parte integral de los actuales programas de reforma, sino que también fueron un elemento importante de la política convencional de desarrollo del decenio de 1950. No obstante, debe obrarse con cautela para que el aumento del ahorro interno no dé lugar a la recesión al reducir la demanda interna. Además, es importante analizar los motivos por los cuales la tasa de ahorro interno bruto disminuyó del 25,9% en el período comprendido entre 1976 y 1983 al 17,7% en el período comprendido entre 1984 y 1991, y luego al 15,6% en el período comprendido entre 1992 y 1997.

Debemos preguntarnos si estas magras tasas de ahorro y esta disminución casi continua no son reflejo de las limitaciones estructurales de estas economías. Después de todo, difícilmente se pueda ahorrar a niveles de subsistencia. Las opciones de política de que disponen estos países para aumentar la movilización de recursos internos también son limitadas. Se considera que los programas de reforma encaminados a la estabilización macroeconómica, a la disciplina financiera, a la reducción de los déficit fiscales y a la instauración de regímenes tributarios transparentes y previsibles tendrán como resultado un ambiente económico en el que los protagonistas privados podrán planificar su futuro con confianza y contribuir al aumento del ahorro. No obstante, sin crecimiento, tales medidas pueden tener consecuencias adversas para el desarrollo social. Además, un factor importante es la repercusión psicológica de la “deuda pendiente”, con las consiguientes expectativas de impuestos más altos en el futuro.

La asistencia para el desarrollo representa una gota en el continente africano. De hecho, es inquietante observar que en los informes que examinamos se indica que la parte correspondiente a los países africanos —sobre todo los países del África al sur del Sáhara— en la asistencia oficial para el desarrollo ha disminuido, especialmente en momentos en que esos países estaban en condiciones de emprender el crecimiento. La atención de los donantes parece apartarse del continente africano. La disminución es aún más seria debido a que tiene lugar en un clima general de reducción de las corrientes de recursos, lo que causa un descenso de la asistencia oficial para el desarrollo dirigida a África, no sólo en el porcentaje, sino también en términos absolutos, de 18.400 millones de dólares en 1994 a 15.400 millones de dólares en 1996. La distribución por sectores de la asistencia oficial para el desarrollo también ha cambiado, en tanto que los donantes bilaterales y multilaterales se alejan de los sectores productivos y de los proyectos de infraestructura física. Es importante realizar inversiones en el sector social

y emprender proyectos de aumento de la capacidad en otros sectores.

Apoyamos el llamamiento de la Organización de la Unidad Africana para que se preste apoyo internacional, entre otras cosas por conducto del sistema de las Naciones Unidas, al aumento de las inversiones en el sector de la educación. Al mismo tiempo, la infraestructura física es un elemento esencial de un ambiente económico viable que inspire confianza para la inversión y el crecimiento. Compartimos las opiniones del Secretario General, expresadas en el párrafo 46 del documento A/53/390/Add.1, de que

“sin un desarrollo apropiado de las infraestructuras es poco probable que haya entradas de capitales privados”,

y de que, en todo caso, sería necesario desarrollar dichos sectores mediante la financiación pública.

También hemos tomado nota de que actualmente casi el 5% de la asistencia oficial para el desarrollo se destina a la asistencia para casos de emergencia. Esto representa una reasignación de los escasos recursos de que se disponía para el desarrollo. África tiene el mayor número de refugiados y personas desplazadas del mundo, lo que representa una grave carga para las economías de los países de acogida. Sería esencial que la comunidad internacional no sólo aumentara la asistencia oficial para el desarrollo de África, sino que también proporcionara recursos adicionales para cubrir sus necesidades humanitarias y en casos de emergencia. Por lo tanto, apoyamos firmemente todas las recomendaciones que figuran en el documento en lo que respecta al cumplimiento de los objetivos de asistencia y al mejoramiento de la coordinación de la asistencia.

La relación entre la deuda externa y el producto interno bruto y un alto coeficiente del servicio de la deuda continúan caracterizando las economías de varios países africanos. Es evidente que la reducción de los gastos en el sector social se debe en gran medida al número cada vez mayor de solicitudes de pago de intereses de la deuda pública. Como se indicó el año pasado en un estudio del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), los gobiernos del África al sur del Sáhara transfieren a sus acreedores del Norte cuatro veces más de lo que invierten en la atención sanitaria de su pueblo. Esto es así cuando el servicio de la deuda no se paga totalmente. A fin de pagar totalmente el servicio de la deuda, que se calculó que era de 328.900 millones de dólares en 1995, los países africanos deberían asignar hasta el 60% del total de sus ingresos en materia de exportaciones. Como preguntó en

forma tan elocuente el ex Presidente de Tanzania, Sr. Julius Nyerere: “¿Hemos de matar de hambre a nuestros hijos para pagar nuestra deuda?”

La comunidad internacional ha sido consciente de esta cuestión. Nos complace que algunas de las medidas que recomendó el Secretario General ya se hayan aplicado. Entre ellas se encuentra la prórroga de la fecha de expiración de la Iniciativa para la reducción de la deuda de los países pobres muy endeudados de septiembre de 1998 a fines del año 2000, medida adoptada con ocasión del examen realizado en septiembre de este año. También nos complace observar que además de los cuatro países mencionados en los informes, otro país africano, Malí, haya decidido el mes pasado acogerse al alivio de la deuda en virtud de la iniciativa previamente mencionada.

Asimismo, nos alienta la evaluación del Banco Mundial según la cual, en el año próximo, otros siete países africanos —el Chad, Etiopía, Guinea, Mauritania, el Níger, el Togo y Sierra Leona— podrían adoptar decisiones cruciales, aunque no se espera que todos requieran asistencia en virtud de la Iniciativa. Sin embargo, como lo señalaron los Ministros de Finanzas africanos, debe demostrarse más flexibilidad en la aplicación de los criterios de la relación entre la deuda total en valores netos actuales y las exportaciones; además, debe tenerse debidamente en cuenta la carga fiscal de la deuda, a fin de que el mayor número posible de países africanos puedan aprovechar este mecanismo. También estamos a favor de que se proceda a un pronto examen de las anteriores propuestas del Secretario General de convertir en donaciones toda la deuda oficial bilateral pendiente de los países africanos más pobres.

Es muy claro que la mayor parte del aumento de las corrientes de capital privado a los países en desarrollo no se ha dirigido a África. Los préstamos privados prácticamente han terminado para África, y en 1997 el total pendiente de la deuda privada a corto plazo fue inferior en más de 6.000 millones de dólares al que se había registrado en los primeros años de este decenio. Si bien esto puede mejorar el perfil del servicio de la deuda, en realidad demuestra que los mercados financieros no pueden restaurar las relaciones crediticias normales con los países africanos. De modo similar, el total de corrientes de inversión extranjera directa hacia África también ha sido fluctuante y modesto. Estas corrientes no pueden en modo alguno cubrir las posibles deficiencias que existen en África en materia de ahorro de inversión. Sin embargo, todo pequeño aporte ayuda. Pese a nuestras limitaciones, hemos establecido un fondo renovable de 1.000 millones de rupias —aproximadamente 30 millones de dólares— para África destinado a promover el

comercio, las inversiones y la transferencia de tecnología, así como a revitalizar nuestro comercio y nuestras inversiones bilaterales con África.

Asimismo, permítaseme expresar nuestro pleno apoyo a las recomendaciones del Secretario General de que los países exportadores de capital eliminen todas las restricciones, ya sean oficiales u oficiosas, a las exportaciones de capital a los países africanos. La comunidad internacional debe también considerar los medios de reducir la volatilidad de las corrientes de capital mediante mejores mecanismos de supervisión, a fin de evitar crisis financieras similares a la asiática.

Creemos firmemente que sin crecimiento no puede haber un aumento sostenible en los gastos del gobierno o del hogar, en la formación de capital privado o público, en la salud y en el bienestar social. Después de todo, la justicia distributiva no puede implicar la distribución de la pobreza, lo mismo que el desarrollo sostenible no puede significar el mantenimiento de unas condiciones que hacen que un pueblo quede sumido en la pobreza y en las privaciones. Hemos tomado nota de que en el informe se señala que la erradicación de la pobreza fue considerada como una cuestión que interesa a diferentes esferas y que se ha hecho hincapié en el uso progresivo del microcrédito como un medio para ayudar a los pobres. También hemos leído con gran interés un estudio publicado sobre la erradicación de la pobreza en África y sobre la experiencia de diversos países. Como señala la Organización de la Unidad Sindical Africana, cuya Secretaría está en Ghana, en su estudio monográfico:

“Bajo el pretexto de la globalización actual de la economía mundial, nosotros, en África, hemos observado con preocupación la ausencia de una buena administración pública mundial y de una buena gestión de la economía internacional.”

La mundialización representa uno de los problemas más importantes que se le presentan a África. Si bien ofrece el acceso a grandes ahorros financieros, a nuevos mercados y a una amplia gama de bienes y servicios a menor costo, también aumenta la vulnerabilidad de algunos países y de algunos sectores dentro de esos países. En el caso de África, es evidente que la mundialización ha producido una importante marginación del continente. Por ello, nos ha impresionado el compromiso asumido por nuestros socios de África de desarrollar la capacitación necesaria para comprender y dirigir la política económica internacional a fin de que sirva mejor a sus necesidades, tal como se destaca en los estudios publicados por la Oficina del Coor-

dinador Especial para África y los Países Menos Adelantados.

*El Sr. Mungra (Suriname), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.*

Acogemos con beneplácito las actividades que llevan a cabo distintos organismos del sistema de las Naciones Unidas para aplicar el Nuevo Programa para el Desarrollo de África. Entre las actividades que quiero mencionar de forma especial están la iniciativa regional titulada “*Enterprise Africa*”, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), destinada a facilitar y coordinar el apoyo a las empresas pequeñas y medianas; los programas de movilización de depósitos del Instituto del Fondo Monetario Internacional; el fomento de las oportunidades generadoras de empleo en el sector informal por parte de la Organización Internacional del Trabajo; la asistencia que prestan la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo y el Centro de Comercio Internacional en el sector mercantil; el establecimiento, a cargo de la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI), de centros de producción limpia en Tanzania y Zimbabwe; la Alianza para la Industrialización de África, de la ONUDI; el Programa Especial de Seguridad Alimentaria de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO); el programa conjunto de rehabilitación de la enseñanza emprendido por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, el PNUD y la Fundación Internacional de Enseñanza y Autoayuda; la iniciativa para la erradicación de la malaria, de la Organización Mundial de la Salud; y el papel defensor del Fondo de Población de las Naciones Unidas ante parlamentarios y autoridades decisorias.

Estamos de acuerdo en la necesidad de fomentar en África el crecimiento encaminado a las exportaciones. La participación de África en las exportaciones mundiales sigue siendo, nada más que del 2,2%. La mayoría de los países africanos siguen dependiendo de la exportación de productos básicos. Por tanto, hay que hacer frente a la caída de los términos de intercambio. Realmente se ha calculado que, como resultado de la Ronda Uruguay de negociaciones comerciales multilaterales, África puede perder cada año hasta 1.200 millones de dólares. Muchos han atribuido la marginación comercial de África al hecho de que en esas economías no se ha producido la transformación en materia de producción que les permitiría pasar de productores de materias primas a productores de bienes de gran elasticidad respecto a los ingresos como exige la economía mundial. Ante la falta de esa transformación, las recetas para la

gestión económica sólo pueden producir mejoras marginales en las exportaciones. Las limitaciones de infraestructura, el bajo valor añadido de las exportaciones africanas dentro del continente y la falta de capital, tecnología y redes de comunicación no responden fácilmente a manipulaciones estratégicas a corto plazo, y requieren inversiones sostenidas de recursos externos. Además, en cuanto a la demanda, el aumento del proteccionismo en los mercados de los países desarrollados, la utilización frecuente e injustificada de tarifas antidumping y de derechos compensatorios, el aumento de las tarifas y las crestas arancelarias echan por tierra las ventajas comparativas y competitivas de las empresas. Al mismo tiempo, en algunos aspectos el acceso a los mercados es también una cuestión básica para la competitividad, que depende del grado de desarrollo y complejidad de las estructuras manufactureras. Por consiguiente, la comunidad internacional tiene que actuar al unísono para garantizar que el acceso de los productos y bienes manufacturados de África a los mercados sea parte integrante del proceso de desarrollo del continente.

La India siempre ha atribuido la máxima prioridad a su cooperación con África. Un instrumento primordial de nuestra cooperación técnica con los países africanos ha sido nuestro Programa de cooperación técnica y económica. A través de ese programa alrededor de 20.000 candidatos extranjeros han recibido capacitación en la India en esferas diversas, tales como banca, comercio exterior, hidrología y recursos hídricos, comunicaciones, electrónica, imagen por satélite, agricultura, industrias pequeñas o medianas, programas informáticos y fuentes de energía renovables, entre otros. Hemos proporcionado un total de 1.350 puestos de capacitación al año en nuestras mejores instituciones, de los cuales cerca del 60% se reservan para candidatos de países africanos. El programa citado también aplica proyectos de asistencia técnica, entre los que figuran la mejora de hospitales, el establecimiento de centros de salud rural y de una clínica optométrica en Ghana; el establecimiento de granjas de demostración en Burkina Faso, incluido el suministro de 200 tractores; el trabajo informático de oficinas; el establecimiento de sistemas de energía solar para la iluminación y el establecimiento de centros de desarrollo técnico, agrícola y empresarial en el Senegal; una clínica de maternidad y un centro de demostración de técnicas avanzadas en Namibia; proyectos de asistencia técnica y de asesoramiento en Mauricio; y estudios de viabilidad de un parque industrial a pequeña escala y de una minicentral de energía hidroeléctrica en Uganda, así como de viviendas de bajo costo en Uganda y en Rwanda. Asimismo, se está instalando una planta de producción de vacunas para aves de corral en Malí. También se va a establecer en Zimbabwe un centro de formación en informática para África. La India también ha

apoyado la cooperación Sur-Sur a través de modalidades innovadoras tales como la cooperación triangular. Un ejemplo de ello es el proyecto de seguridad alimentaria en Eritrea, que se aplicará con la asistencia técnica de la India bajo los auspicios del Programa Especial de Seguridad Alimentaria de la FAO.

Mi país también participa activamente en los esfuerzos de cooperación regional que se llevan a cabo en África. En octubre del año pasado concertamos un acuerdo de cooperación con la Comunidad del África Meridional para el Desarrollo. Nos proponemos reforzar considerablemente nuestros vínculos, mutuamente benéficos, con otras organizaciones africanas regionales y subregionales. También participamos activamente como miembro de pleno derecho en el Banco Africano de Desarrollo.

La cooperación entre los sectores privados de la India y los países africanos aumenta a buen ritmo. Distintas compañías privadas de la India han establecido en África varias empresas conjuntas en sectores de la manufactura. La industria de mi país participa activamente, a través de sectores tales como los ferrocarriles, en el desarrollo de la infraestructura de África.

Hemos tomado nota del aumento de la coordinación dentro del sistema de las Naciones Unidas en lo que respecta a las actividades para la aplicación del Nuevo Programa. Sin embargo, como menciona el Secretario General, la cuestión crucial de garantizar que todos los países beneficiarios asuman esto como algo propio a través de la participación, merece la máxima prioridad. Como se ha observado, durante demasiado tiempo los forasteros han ido a África en busca no de África sino de sus propias obsesiones, entusiasmos, fobias, esperanzas e intereses, y naturalmente eso es lo que han encontrado. Tenemos que abandonar las fórmulas prescriptivas y, en lugar de presentar soluciones ajenas, respetar las áreas prioritarias identificadas por los países africanos y determinar entonces las esferas de concentración y atención. Además, como señala el Secretario General en el párrafo 103 del documento A/53/390, esas iniciativas deben establecer criterios y mecanismos de aplicación claros, a fin de que no estén sujetas a excesivos condicionamientos. Sólo así podremos invertir la evaluación sincera y justificada que ha formulado el Secretario General en el sentido de que el impacto de esas iniciativas de la comunidad internacional en el desarrollo de los países africanos y en el Nuevo Programa ha sido hasta ahora limitado.

Estamos convencidos de que, dados sus recursos y su potencial ilimitado, África tiene la capacidad de emerger como una fuerza mundial importante en el próximo siglo.

Teniendo en cuenta la conocida determinación y voluntad de los países africanos, lo que hace falta es la voluntad de la comunidad internacional de dar un paso adelante hacia una verdadera asociación en pro del desarrollo africano. Somos optimistas respecto al futuro. La India se honraría en ser un socio en esta gran empresa histórica.

**Sr. Suh Dae-won** (República de Corea) (*interpretación del inglés*): Mi delegación desea expresar su agradecimiento al Secretario General por su informe sobre este tema del programa, en el cual describe el progreso registrado en la aplicación del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990, como también los obstáculos que debemos superar.

La crisis económica de los últimos meses ha demostrado en forma clara los aspectos negativos del proceso de mundialización. Esa crisis ha originado una amplia gama de debates en profundidad sobre el sistema económico internacional y sobre los medios para mejorarlo. En el rápido proceso de mundialización, la marginación de África se ha acelerado. La solución de este problema exige una fuerte asociación entre los países africanos, los donantes y las organizaciones de las Naciones Unidas que se ocupan del desarrollo. Nadie ha de beneficiarse si África queda rezagada en el proceso de desarrollo. La crisis económica reciente nos ha enseñado que los problemas de una región tienen ciertamente repercusiones en el resto del mundo.

Se requiere un enfoque amplio y orgánico para abordar las cuestiones fundamentales contenidas en el Nuevo Programa para el Desarrollo de África. Las actividades relativas al desarrollo de ese continente deben centrarse en la creación de un entorno conducente al aumento de la capacidad. La paz y la estabilidad son requisitos para el desarrollo sostenible. En este sentido, mi delegación valora debidamente el informe del Secretario General sobre "Las causas de los conflictos y el fomento de la paz duradera y el desarrollo sostenible en África" (A/52/871). Creemos que el debate que esta Asamblea realizó sobre esta cuestión hace pocos días, en el marco del tema 164 del programa, fue oportuno y de fondo. A partir de un enfoque orgánico, la República de Corea lleva a cabo su asistencia a África en materia económica y de desarrollo y participa en operaciones de mantenimiento de la paz en el África subsahariana.

Como indicó el examen de mitad de período, efectuado en 1996, el Nuevo Programa para el Desarrollo de África señaló en forma clara las esferas prioritarias fundamentales y la dirección en la que debería encaminarse la futura cooperación para el desarrollo. Sin embargo, nos preocupa

que su aplicación se esté demorando. En particular, deben crearse mecanismos para supervisar y evaluar la aplicación sobre el terreno. En realidad, la concreción satisfactoria del Nuevo Programa para el Desarrollo de África depende de la eficacia de la coordinación sobre el terreno y de la identificación clara de los criterios de aplicación. Ese es el motivo por el cual creemos que la supervisión y la evaluación tienen un valor fundamental.

Mi delegación concuerda con la recomendación que figura en el informe del Secretario General en el sentido de que la Asamblea General debe examinar una vez más la aplicación del Nuevo Programa antes del examen y la evaluación finales. Consideramos que debe realizarse una evaluación independiente de la aplicación del Programa, con miras a facilitar un examen final en profundidad.

Se necesitan empeños adicionales para armonizar las diversas iniciativas bilaterales e internacionales sobre el desarrollo de África con el propósito de alcanzar el rendimiento y la eficacia máximos. Creemos que el Nuevo Programa debe ser el instrumento rector en el fortalecimiento de la compatibilidad entre las iniciativas que ya existen actualmente en materia de desarrollo. Esperamos que los donantes bilaterales y los organismos que se ocupan del desarrollo mejoren la eficiencia general de su asistencia para el desarrollo basándola en el sistema de la Iniciativa especial para África del sistema de las Naciones Unidas, que es el brazo ejecutor del Nuevo Programa.

Con respecto al acceso a los mercados, que representa un elemento importante del Nuevo Programa, mi delegación desea poner de relieve la necesidad de que haya más deliberaciones sobre la aplicación sustantiva de los resultados de la reunión de alto nivel sobre los países menos adelantados, realizada en Ginebra en octubre del año pasado.

En este contexto, mi Gobierno, en cooperación con la Oficina del Coordinador Especial para África y los Países Menos Adelantados, tiene el propósito de ser sede del Foro sobre la cooperación entre Asia y África para la promoción de las exportaciones, que se ha de llevar a cabo en Seúl del 14 al 16 de diciembre de este año. El objeto de este foro es buscar la forma en la cual las dos regiones pueden llevar al máximo los beneficios recíprocos del comercio, con lo cual nos estaríamos preparando mejor y de manera más activa para nuestro futuro en el contexto del proceso de mundialización. Esto forma parte de nuestros empeños por examinar las posibilidades de la cooperación Sur-Sur.

Los debates sobre el fomento del comercio, la inversión extranjera directa y el acceso a los mercados son

fundamentales para que la región africana pueda superar la marginación y participar de manera activa en la economía mundial. Por lo tanto, creemos que el foro de Seúl ha de proporcionar aportes concretos para la aplicación del Nuevo Programa para el Desarrollo de África.

Este año, la República de Corea, pese a sus dificultades económicas actuales, ha proporcionado 2,3 millones de dólares a 23 países de África en la forma de proyectos, adquisiciones, investigaciones sobre desarrollo y envío de expertos. También hemos apoyado la creación del Centro de Informática de las Naciones Unidas para África y la instalación de servicios de Internet para la Comisión Económica para África, por medio de la contribución de la Comisión Económica de Corea para el Fondo de Cooperación para África, porque pensamos que la tecnología de la información ha de desempeñar un papel importante en el desarrollo de África en el nuevo milenio.

Para concluir, deseamos destacar una vez más que el Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990 no incumbe sólo a los países africanos. La República de Corea ha de continuar dedicándose a la rápida y satisfactoria aplicación del Nuevo Programa.

**Sr. Shen Guofang (China)** (*interpretación del chino*): Durante el último año, la crisis financiera asiática y sus consecuencias han sido el tema dominante en los foros económicos multilaterales. Habida cuenta de la tendencia de la mundialización económica, esto es, ciertamente, tanto natural como necesario. Sin embargo, no debemos olvidarnos de África.

Gracias a los incansables empeños de un gran número de países africanos, la situación económica en África ha mostrado algunos indicios de mejoría durante los últimos años. No obstante, el panorama económico general de ese continente sigue siendo sombrío.

La brecha entre el nivel de desarrollo en África y el nivel de desarrollo mundial sigue ensanchándose. Aunque se mantuviera la actual tasa de crecimiento, se necesitarían más de 10 años para que el producto interno bruto per cápita de África alcance nuevamente el nivel que tenía en 1980.

La pobreza sigue siendo omnipresente. En algunos países africanos, las personas que viven por debajo de la línea de pobreza representan más del 50% de la población total. Indicadores tales como la proporción de población que no tiene acceso a los servicios básicos en materia de aten-

ción médica y de atención de la salud y la tasa de mortalidad infantil son mucho mayores en África que el promedio mundial.

La carga de la deuda sigue siendo onerosa. El volumen general de la deuda externa de los países africanos correspondiente a 1996 ascendió a 324.000 millones de dólares, equivalente al 70% de su producto nacional bruto correspondiente a ese mismo año. Sus preciado recursos tienen que emplearse en el pago de la deuda en lugar de invertirse en el desarrollo nacional.

Todavía existe una grave crisis de fondos para el desarrollo. La asistencia oficial para el desarrollo destinada a África descendió de 14.200 millones de dólares a 12.800 millones en 1996. Las ya limitadas corrientes de capital privado también están disminuyendo.

Los precios de los productos básicos en los mercados internacionales siguen disminuyendo. Durante el año pasado, los precios de un número apreciable de productos primarios disminuyeron en más del 10%, lo cual ocasionó graves pérdidas a muchos países africanos.

Estos hechos demuestran que aún está lejos la consecución de los objetivos principales que se recogen en el Nuevo Programa. El acelerado proceso de mundialización económica no ha brindado a los países africanos la porción de beneficios que con justicia le correspondería. Por el contrario, sus consecuencias negativas les han resultado costosas. África encara el evidente peligro de quedar marginada.

La mundialización económica significa que la interdependencia entre los países del mundo ha alcanzado nuevos niveles. El desarrollo económico sostenible y sólido de África constituye una condición importante para la continuación de la estabilidad y la prosperidad de la economía mundial y, en consecuencia, es del interés de la comunidad internacional en general. La comunidad internacional se debe dedicar a establecer con África una asociación para el desarrollo para el siglo XXI, a prestar un fuerte apoyo a África y a ayudar a los países africanos a salir del círculo vicioso del subdesarrollo económico.

En numerosas ocasiones los países africanos han recalcado que lo que África necesita no es la prédica ni nuevos programas o planes de acción. Lo que África necesita es acción verdadera. Se deben adoptar medidas concretas a fin de contribuir a que los países africanos solucionen los principales problemas que frenan sus esfuerzos con fines de

desarrollo. La comunidad internacional debe obrar de la manera siguiente.

En primer lugar, debe aumentar la asistencia oficial para el desarrollo destinada a África y mitigar las condiciones que se imponen a esa asistencia, de manera que los países africanos puedan utilizar los recursos con mayor eficacia de conformidad con las necesidades y prioridades de su propio desarrollo económico y social. En segundo lugar, debe intensificar la aplicación de medidas tales como la Iniciativa en favor de los países pobres muy endeudados, y aliviar en términos reales la carga de la deuda de los países africanos. En tercer lugar, debe eliminar las barreras comerciales dirigidas a los países en desarrollo, a fin de garantizar que los productos africanos tengan mayor acceso al mercado. Y, por último, debe alentar inversiones más productivas y transferencias de tecnología, con miras a contribuir a que los países africanos mejoren sus estructuras económicas y aumenten su competitividad en el proceso de mundialización.

Las Naciones Unidas deben seguir desempeñando un papel central en la tarea de promover el desarrollo en África y de aplicar con eficacia el Nuevo Programa. Las instituciones pertinentes del sistema de las Naciones Unidas deben contribuir al desarrollo de África mediante el empleo de suficientes recursos en este esfuerzo y mediante la formulación y aplicación de programas de asistencia práctica que tengan en cuenta las características concretas de determinados países africanos y sus prioridades en materia de desarrollo económico nacional.

Una parte importante de la política exterior de China es fortalecer la cooperación con África. Esa cooperación es beneficiosa para ambas partes. Durante decenios, hemos recibido el valioso apoyo de la gran mayoría de los países africanos en muchas esferas. A la vez, dentro de nuestra capacidad hemos procurado ayudar a África en su proceso económico y social. Nos regocija observar que, durante estos últimos años, la colaboración mutuamente beneficiosa entre China y los países africanos se ha venido profundizando, con mayor énfasis en el logro de resultados concretos. Las formas que cobra nuestra colaboración también se han diversificado. China seguirá apoyando los esfuerzos que los países africanos realizan en pro del desarrollo social y económico.

Ya hemos logrado resultados concretos en el caso de varios programas de asistencia. Hemos creado oportunidades de empleo en África y hemos proporcionado acceso al mercado para sus exportaciones. A pesar de que China hace frente a dificultades económicas propias, seguirá prestando

apoyo a los esfuerzos que los países africanos realizan en pro del desarrollo. Además, haremos nuestro aporte a la consecución de los objetivos que se enuncian en el Nuevo Programa.

**Sr. Hasmy** (Malasia) (*interpretación del inglés*): Deseo dar las gracias al Secretario General por su informe sobre la marcha de los trabajos relativos a la aplicación del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990 desde el examen de mitad de período efectuado en 1996. El informe, que figura en los documentos A/53/390 y A/53/390/Add.1, se concentra en las actividades emprendidas por las organizaciones del sistema de las Naciones Unidas en el contexto del Nuevo Programa. A nuestro juicio, su alcance es amplio y en él se destacan algunas cuestiones críticas.

Nos alienta observar que se han producido algunas señales positivas respecto del desarrollo de África, en particular en la esfera económica, hasta el punto que algunos incluso se han referido audazmente a estos cambios señalando que reflejan un renacimiento africano. En una situación en que los problemas son enormes y casi insalvables, los pequeños avances pueden ser causa de gran optimismo.

En el informe se indica que, en comparación con el inicio del decenio de 1990, se ha duplicado el número de países africanos —alrededor de 40%— que han registrado tasas de crecimiento del 3% o más. De hecho, según el Fondo Monetario Internacional (FMI), la tasa media de crecimiento anual correspondiente al continente es actualmente de entre un 4% y un 5%, y los ingresos per cápita van en aumento. Además en el informe se indica que las corrientes de inversiones extranjeras directas han sido apreciables en varios países africanos, y han aumentado alrededor de un 6% desde 1995. Hay otros cambios, cualitativos, que han contribuido a crear un ambiente más atractivo tanto para las corrientes de capital como para la asistencia oficial para el desarrollo.

No obstante, a pesar de esas tendencias ascendentes, que son ciertamente salutíferas, el desarrollo africano tiene que considerarse teniendo en cuenta los decenios de estancamiento y decadencia de la economía, proceso que ahora es necesario revertir sobre una base sostenible a fin de que África pueda alcanzar un punto de despegue hacia el desarrollo sostenible, teniendo en cuenta que se estima que para evitar la marginación África requiere una tasa de crecimiento anual de al menos un 6%.

El nuevo optimismo respecto de África también tiene que considerarse teniendo en cuenta algunas debilidades subyacentes a las economías africanas, tales como la insuficiencia de ahorros —que promedian un 15% en comparación con una tasa mínima recomendable de un 25%— y la dependencia respecto de una estrecha base de productos básicos de exportación, a lo que se suma una pesada carga de la deuda externa. Por consiguiente, desde la perspectiva de que África es el continente que presenta la mayor proporción entre la deuda y la exportación, los resultados positivos que se han obtenido recientemente en la esfera económica parecen tenues, y requieren que tanto los propios países africanos como otras entidades asociadas internacionales realicen esfuerzos mayores. En este contexto, mi delegación reitera su apoyo a la recomendación que el Secretario General formula en su informe sobre las causas de los conflictos y el fomento de la paz duradera y el desarrollo sostenible en África (A/52/871) en el sentido de que los países acreedores conviertan en donaciones toda la deuda oficial pendiente de los países más pobres de África.

En lo que se refiere a la aplicación del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990, Malasia acoge con beneplácito la decisión, adoptada en junio pasado, de que la Iniciativa especial para África del sistema de las Naciones Unidas sea el instrumento de ejecución de dicho Programa. Ello, sin duda, posibilitará una mayor coherencia y una mejor coordinación no sólo dentro de las Naciones Unidas sino en toda la comunidad de donantes. El Nuevo Programa, como todos sabemos, es un compromiso internacional asumido para sostener a África, pero adolece del defecto de que en él no se establecen propósitos ni metas. Con la Iniciativa especial, sin embargo, se superó esta falencia al fijarse siete esferas de acción prioritarias. Para poder medir el éxito logrado en esas esferas concretas debe expresarse explícitamente cuáles son los objetivos y las metas y cuáles los indicadores del desempeño. También deben especificarse los recursos financieros que han de movilizarse para cada programa. Además, el programa de la Iniciativa especial para África debe ampliarse a fin de que abarque un mayor número de países.

Aunque reconocemos la importancia del papel que están desempeñando los organismos del sistema de las Naciones Unidas —incluidos el FMI y el Banco Mundial— en los esfuerzos por alcanzar los objetivos del Nuevo Programa, todavía queda mucho por hacer. A este respecto, Malasia concuerda con lo que se concluye en el informe sobre África que presentó el Secretario General al Consejo de Seguridad, en el que se señala, entre otras cosas, que la paz y la seguridad están inextricablemente vinculadas con

la promoción del desarrollo. Es indudable que la estabilidad política es un elemento clave para atraer la inversión extranjera directa y el capital indispensables para el crecimiento y el desarrollo. Este aspecto, sin duda, influirá directamente en la aplicación del Nuevo Programa.

La Asamblea ha escuchado decir a muchos Estados Miembros de la Organización que es necesario que se detenga la actual disminución de la asistencia oficial para el desarrollo. No obstante, en las presentes circunstancias, esa posibilidad, o la posibilidad de que esa asistencia aumente, parecen más bien remotas. El flujo de la asistencia oficial para el desarrollo hacia África, como se indica en la adición al informe del Secretario General, se redujo de 14.200 millones de dólares en 1992 a 12.800 millones de dólares en 1996. Sin embargo, las corrientes de capital privado hacia África aumentaron de 3.100 millones de dólares en 1992 a 6.800 millones de dólares en 1996, llegando a un máximo de 9.900 millones de dólares en 1995. Vale la pena señalar que la suma total que recibió el continente africano en 1992 en concepto de asistencia oficial para el desarrollo fue menor que la que obtuvo un solo país del Asia oriental en concepto de “rescate” en la actual crisis financiera.

Si bien la asistencia oficial para el desarrollo es importante, Malasia considera —como lo expresó nuestro Primer Ministro, el Sr. Mahathir Mohamad, en la segunda Conferencia Internacional de Tokio sobre el desarrollo de África el 19 de octubre de 1998— que para que África salga adelante lo principal no es dicha ayuda, por valiosa que sea, sino la inversión extranjera directa y la adquisición de capacidades y tecnologías. Por lo tanto, es crucial que las organizaciones del sistema de las Naciones Unidas, en sus esfuerzos por alcanzar las metas del Nuevo Programa, presten una atención especial a las medidas que puedan conducir a la creación de un entorno favorable a la inversión extranjera directa, tanto desde el punto de vista de la creación de infraestructura como desde el punto de vista del establecimiento de capacidades institucionales. En la conferencia mencionada precedentemente, nuestro Primer Ministro se refirió también a la celebración de un acuerdo trilateral entre el Japón, Francia y Malasia para la asistencia a los países de África en su proceso de desarrollo.

Malasia y África han mantenido, durante los últimos 40 años, unas relaciones muy cordiales y sólidas que abarcan múltiples aspectos. Esas relaciones se han intensificado en los últimos años, con un aumento significativo del comercio y de las inversiones, así como del intercambio aéreo y marítimo. La cooperación entre Malasia y África experimenta hoy un fuerte impulso positivo. Esperamos con interés ver surgir una nueva África como una prometedora

región de crecimiento, un África que gracias a una nueva infusión de ideas, capitales y tecnologías se convierta en un socio cada vez más importante en el comercio y el desarrollo, especialmente en el contexto de la cooperación Sur-Sur y en el contexto de la mundialización de la economía.

**Sr. Jele** (Sudáfrica) (*interpretación del inglés*): Mi delegación se adhiere a la declaración pronunciada por Indonesia en nombre del Grupo de los 77 y China.

Sudáfrica considera que la aplicación del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990 es un instrumento fundamental para abordar los desafíos que enfrenta África en el decenio de 1990 en materia de desarrollo. Igualmente fundamentales son su evaluación y el seguimiento de su evaluación después del examen de mitad de período efectuado en 1996. En este sentido, encomiamos el informe que presentó el Secretario General en relación con esta cuestión y esperamos que contribuya no sólo a la plena aplicación del Programa, sino también a la intensificación de su efecto, y que, en última instancia, conduzca a una evaluación intergubernamental final positiva en el año 2002.

Opinamos que, tal como se propone en el informe, para asegurar que el seguimiento y el resultado del Programa sean eficaces y exitosos es crucial que la Asamblea General analice y evalúe de nuevo el Programa antes de que se lleve a cabo el examen final.

Mi delegación está profundamente preocupada por la situación económica del continente, especialmente porque este sigue sin desarrollarse económicamente a pesar de los esfuerzos concertado que realiza la comunidad internacional. Por ello, hemos seguido muy atentamente las deliberaciones y los esfuerzos relativos a este problema. Tomamos nota con interés del informe del Comité Especial Plenario de la Asamblea General encargado de preparar el examen de mitad de período de la aplicación del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990, así como de los procesos de seguimiento ulteriores, a través de varios órganos de las Naciones Unidas.

Conforme al examen de mitad de período y a las deliberaciones del Comité del Programa y de la Coordinación y del Comité Administrativo de Coordinación, pensamos que los vínculos entre el Nuevo Programa y la Iniciativa especial para África del sistema de las Naciones Unidas deben reforzarse con miras a asegurar un resultado integral.

En esa relación también deben incluirse, necesariamente, las preocupaciones y las recomendaciones que indica el Secretario General en su informe al Consejo de Seguridad y a la Asamblea General sobre las causas de los conflictos en África, sobre la forma de prevenirlos y sobre la necesidad de construir cimientos firmes para la paz y el crecimiento económico duraderos después de los conflictos. Además, ese proceso debe afianzarse por medio de un seguimiento eficaz que permita la evaluación de sus progresos.

La erradicación de la pobreza es un objetivo prioritario para muchos gobiernos de África. Según el examen de mitad de período, los gobiernos africanos continúan elaborando estrategias de amplia base y de carácter intersectorial, para la erradicación de la pobreza. En esas estrategias se contemplan, entre otras cosas, la reforma económica, el medio ambiente y el desarrollo sostenible de los recursos humanos. Pero hace falta el respaldo de la comunidad internacional para asegurar el logro de los objetivos del Nuevo Programa.

Desde la realización del examen de mitad de período, muchos países de África han seguido esforzándose para restablecer sus economías. Las medidas adoptadas incluyen el mantenimiento de políticas macroeconómicas estrictas, la reforma económica, la buena gestión pública, el gobierno constitucional y las instituciones democráticas. Como resultado de ello, el continente ha tenido indicadores de rendimiento económico modestos pero alentadores. Entre ellos figura un crecimiento positivo y bajas tasas de inflación, así como una disminución del déficit.

Acogemos con beneplácito las presentaciones realizadas por diversas organizaciones del sistema de las Naciones Unidas acerca de la aplicación de algunos aspectos del Nuevo Programa dentro de sus respectivas esferas de competencia. Aunque conscientes de los obstáculos y limitaciones con que tropiezan la mayor parte de esos esfuerzos, observamos que aún hay muchas posibilidades de mejorar la situación.

No obstante, nuestra principal preocupación guarda relación con los problemas planteados como resultado del entorno externo, problemas que a menudo frustran y socavan las gestiones constructivas en pro de la aplicación del Nuevo Programa. En ese contexto, una limitación concreta es la negativa repercusión de la mundialización en las frágiles economías de África y la disminución progresiva de las corrientes financieras hacia el continente.

A pesar de las oportunidades que ofrecen la mundialización y la liberalización, el fenómeno, con frecuencia, repercute negativamente en el grado de independencia con que la mayor parte de los países en desarrollo con sistemas económicos liberalizados pueden formular y ejecutar políticas. Por lo tanto, estimamos que el informe del Secretario General y su adición sobre este tema son instrumentos útiles para estimular el debate y encontrar una solución duradera.

En el Nuevo Programa se trata de sentar una base sólida para el desarrollo económico y, en particular, industrial de África. En el continente se siguen aunando esfuerzos para lograr este objetivo en diversas formas y en diversas esferas. No obstante, la mundialización no ha ayudado mucho a este proceso. En particular, no ha promovido un ámbito propicio para la integración económico-industrial interna de África, que es un punto de partida crucial para la consecución de este objetivo. Habida cuenta de la dinámica del sistema económico internacional, las economías de África se encuentran bajo una constante presión para liberalizarse. La contrapartida es que, más allá de lo que hagan, siguen estando marginadas y siguen siendo vulnerables ante una competencia mayor de parte de economías más consolidadas y desarrolladas.

A fin de mitigar esos problemas es de fundamental importancia que los objetivos del Nuevo Programa reciban apoyo universal con el fin de fortalecer los propios esfuerzos de África en pro de la integración económica regional, dado que esa integración favorecerá en gran medida la consolidación y el fortalecimiento de la capacidad competitiva del continente.

Existe una acuciante necesidad de mejorar la coordinación e interacción entre el proceso político mundial y el nivel operativo sobre el terreno. Asimismo, los países deben participar activamente en todos los aspectos de sus programas nacionales. Esto también contribuiría a fortalecer la presentación periódica de informes sobre el progreso alcanzado y simplificaría los mecanismos de evaluación. Al respecto, estimamos que el informe es útil al determinar las dificultades en el proceso de presentación de informes del Nuevo Programa y en el proceso de interacción, y esperamos que se sigan realizando esfuerzos concertados para encontrar la solución adecuada.

La necesidad de movilizar y proporcionar recursos suficientes es de fundamental importancia para velar por la realización de los objetivos del Nuevo Programa. También es preciso complementar la movilización de recursos internos del continente mediante un generoso aporte de recursos externos.

Durante demasiado tiempo los países en desarrollo han reclamado la prestación de recursos suficientes para poder superar la etapa crítica que reviste tanta importancia para el crecimiento sostenido y el desarrollo sostenible de África. Deseamos reiterar la observación formulada en el informe acerca de que, a fin de alcanzar el desarrollo de África, el continente realmente necesita mayores corrientes de recursos que lo calculado originalmente en el informe del Secretario General para el decenio de 1990. A nuestro juicio, esto aseguraría de alguna manera un resultado positivo para la aplicación del Nuevo Programa.

Acogemos con particular beneplácito la versión actualizada del informe, titulada “Movilización de recursos adicionales para el desarrollo de África: estudio de las corrientes globales de recursos hacia África”, que se distribuyó como adición al informe principal, y la recomendamos a nuestros asociados para el desarrollo en particular y a los organismos de desarrollo en general.

**Sr. Kamal** (Pakistán) (*interpretación del inglés*): Quisiéramos transmitir nuestro agradecimiento al Secretario General por haber presentado en el documento A/53/390 y Add.1 un informe analítico sobre el tema del programa que examinamos.

Deseamos sumarnos a la declaración formulada por el representante de Indonesia en nombre del Grupo de los 77 y China.

África afronta enormes desafíos. Para abordar esos desafíos, las Naciones Unidas, los donantes bilaterales y el propio continente han puesto en marcha muchas iniciativas. El Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990 es una iniciativa global que abarca una gama de prioridades críticas para el desarrollo de África. Los progresos alcanzados en la aplicación del Nuevo Programa han sido bien documentados en el informe del Secretario General. No obstante, lo menos que cabe decir es que los logros se han visto superados por los objetivos no cumplidos.

La pesada carga de la deuda de África ha aumentado en un 2,1% en comparación con 1995, convirtiendo a África en el continente con la más alta relación deuda-exportaciones. Se ha producido una caída en el sector manufacturero, y la participación de África en el mercado mundial sigue siendo baja, sólo el 2% del comercio mundial. La mayoría de los aumentos en las corrientes de capitales privados dirigidas a los países en desarrollo no han sido para los países africanos, que recibieron sólo 6.800 millones de dólares en 1996, es decir, alrededor del 2,7%

del total de las corrientes dirigidas a los países en desarrollo.

Si bien se están realizando esfuerzos para intensificar la aplicación del Nuevo Programa, el Secretario General, creemos, nos ha proporcionado un programa amplio en su informe titulado “Las causas de los conflictos y el fomento de la paz duradera y el desarrollo sostenible en África” (A/52/871). Ha abordado las dos preocupaciones principales de África, que son la paz y el desarrollo y que están profundamente interrelacionadas. No obstante, en esta reunión trataremos solamente la dimensión del desarrollo.

Para revertir la marginación de África en la economía mundial, que vive un proceso de globalización debemos adoptar medidas concretas que complementen nuestras iniciativas para el desarrollo de África. Al respecto, respaldamos la observación del Secretario General acerca de que el compromiso de la comunidad internacional se medirá en los hechos, y no en las declaraciones.

Si bien estamos de acuerdo con la mayoría de las recomendaciones formuladas por el Secretario General en su amplio programa, así como con las relativas a la aplicación del Nuevo Programa, queremos centrarnos en las siguientes esferas prioritarias.

En primer lugar, debemos esforzarnos en encontrar una solución decisiva a la insostenible carga de la deuda de África. La conversión en donaciones de toda la deuda oficial pendiente de los países más pobres de África merece ser examinada detenidamente. Apoyamos plenamente la propuesta de la Organización de la Unidad Africana de que se concierte un acuerdo internacional para eliminar toda la deuda de los países más pobres de África en un período razonablemente breve. Esto liberaría una suma considerable de recursos que podrían utilizarse para el desarrollo de los recursos humanos.

Una segunda esfera prioritaria debería ser un acceso mayor y garantizado a los mercados de los países desarrollados, así como una mejor cooperación regional. La facilitación del comercio y el acceso a los mercados sobre una base preferencial permitirían que los países africanos se embarcasen en el camino que conduce hacia el crecimiento basado en las exportaciones. Debe realizarse aún más la capacidad institucional de la Organización de la Unidad Africana de establecer una comunidad económica africana. Una comunidad de esa índole ayudaría a promover la integración regional y subregional, que a su vez fomentaría la disciplina económica y la aplicación de políticas macroeconómicas sólidas.

En tercer lugar, el rendimiento industrial general de África debe mejorar. Se debe acelerar la transformación de productores a procesadores de materias primas a fin de ampliar y profundizar la base manufacturera de África. A África se le deben proporcionar la tecnología y los recursos necesarios para emprender dicha transformación.

En cuarto lugar, tendrá que hacerse una mayor inversión en recursos humanos. Creemos que el desarrollo de los recursos humanos es clave para superar las dificultades que enfrenta África. A pesar de nuestras propias limitaciones financieras, hace 10 años el Pakistán lanzó el Programa de África, que se centra principalmente en el fomento de las capacidades y en el desarrollo de los recursos humanos. Sin embargo, para dar impulso a dichos esfuerzos se requieren grandes inversiones en las esferas de la educación, la salud, la población y los programas sociales básicos. Se podría establecer un fondo especial para el desarrollo de los recursos humanos en África.

En quinto lugar, se debe examinar de forma seria la movilización eficaz de los recursos financieros. La disminución de la asistencia oficial para el desarrollo no está de acuerdo con las iniciativas y los pronunciamientos de principio respecto de África. Es poco probable que las corrientes de capital privado puedan satisfacer las necesidades financieras de los países africanos en el sector social y en la creación de infraestructura.

África necesita de 50.000 a 60.000 millones de dólares al año para reducir en forma efectiva el problema de la pobreza. Las metas del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990 o del Programa Global no pueden alcanzarse a menos que garanticemos corrientes de recursos suficientes hacia África. La reciente recuperación de África es muy frágil y podría desmoronarse de no contar con el apoyo de corrientes de recursos mayores. Por lo tanto, la comunidad internacional no puede adoptar una actitud complaciente respecto de las necesidades de África.

Creemos que para lograr los mejores resultados debemos tener objetivos y un calendario claramente definidos a fin de garantizar la aplicación de las diversas iniciativas lanzadas por la comunidad internacional.

Esperamos que el siguiente examen del Nuevo Programa, que se ha de realizar en el año 2002, presente una imagen mucho mejor de la que tenemos hoy respecto del estado del desarrollo de África. A pesar de nuestra preocupación por la actual turbulencia financiera tenemos que asegurarnos de que África no quede fuera del proceso de

mundialización. Al igual que en el sudeste de Asia, los acontecimientos que tengan lugar en África bien podrían convertirse en factores determinantes para que la economía mundial y la sociedad mundial continúen gozando —o no— de buena salud.

**Sr. Sergiwa** (Jamahiriya Árabe Libia) (*interpretación del árabe*): Para empezar, mi delegación quisiera asociarse a la declaración formulada por el representante de Indonesia en nombre del Grupo de los 77. Apoyamos el contenido de dicha declaración. También apoyamos la declaración que formulará el representante de Nigeria en nombre del Grupo de Estados de África.

El Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990, aprobado por la Asamblea General mediante su resolución 46/151, de 18 de diciembre de 1991, expresa de manera auténtica los intereses de la comunidad internacional en el continente africano. También refleja su solidaridad con dicho continente en la tarea de enfrentar la difícil situación económica actual y de buscar soluciones adecuadas. Agradecemos los esfuerzos realizados por el Secretario General en la aplicación de las recomendaciones acordadas en el examen de mitad de período del Programa, que han quedado reflejados en su informe sobre la marcha de los trabajos que figura en el documento A/53/390 y Add.1.

El informe deja en claro que el sistema de las Naciones Unidas ha logrado mucho respecto de la aplicación del Nuevo Programa. Sin embargo, centra la atención en el hecho de que la situación económica de África sigue siendo peligrosa. En realidad, el continente sigue enfrentando dificultades económicas, comerciales y de desarrollo. Como resultado, contiene el mayor número de países menos adelantados del mundo, países con el ingreso más bajo y la carga de la deuda más pesada del mundo.

Comparados con la población del mundo, los pueblos africanos son los que están más expuestos a los peligros de la pobreza, los desastres naturales, los conflictos armados y la hambruna, y enfrentan un deterioro en materia de salud y de educación. Todo esto sucede pese al gran potencial africano en término de recursos humanos y de recursos naturales, potencial que le permitiría participar cada vez más en el crecimiento de la economía internacional y del comercio internacional si fuera utilizado de manera eficaz y al margen de la hegemonía y del desgaste constante de sus recursos.

La situación de África se debe a distintas causas, la peor de las cuales es el deterioro de la deuda externa, que

en 1996 alcanzó la suma de 323.000 millones de dólares, o sea el 70% de su producto nacional bruto de este año. Otra causa radica en la constante reducción de los precios de los productos básicos de exportación y en las restricciones impuestas al acceso de las exportaciones africanas a los mercados internacionales, lo cual ha llevado a la marginación del papel de África en el comercio internacional, en el que su participación no ha superado el 2%. Una tercera causa estriba en la reducción de la asistencia oficial para el desarrollo y en el hecho de que los países desarrollados no han alcanzado el objetivo internacionalmente convenido del 0,7% o no han proporcionado recursos adicionales para el desarrollo de África. Todo esto sin mencionar los efectos negativos de la mundialización, que beneficia a los países más poderosos del mundo y amenaza las economías de los países africanos mediante la hegemonía externa sobre las materias primas de África y mediante la transformación de sus industrias e instituciones en dependencias.

Como se indica en el informe del Secretario General sobre las causas de los conflictos en África, todos sabemos que la situación colonial que vivieron los países africanos durante mucho tiempo contribuyó a la inestabilidad política y al retraso económico de África. Se han agotado sus recursos humanos y naturales. Se han monopolizado sus mercados de la peor manera posible.

Los países que colonizaron África y le causaron tantos problemas deben ayudar a rectificar los errores del pasado. Deben cancelar sus deudas inmediatamente y proporcionar a África recursos financieros y ayuda técnica para que aplique el Nuevo Programa, que es una fuente de gran esperanza para mejorar la situación social y económica del continente.

Este apoyo no debe ser considerado como un sustituto de los esfuerzos de los propios Estados africanos. La principal responsabilidad de esta situación le incumbe a África. Ciertamente, los países africanos han adoptado muchas iniciativas y han tenido éxitos tangibles. Antes bien, este apoyo debe ser una expresión de solidaridad con el continente sobre la base de la responsabilidad compartida, de una mayor colaboración y de la renuncia a la política de abandono y marginación a que ha estado y sigue estando sometido el continente. A nuestro juicio es un derecho de África, teniendo en cuenta su legado de colonización, rapiña, privación, retraso, marginación, sufrimiento y explotación.

A pesar de los esfuerzos de los Estados africanos para superar sus problemas de desarrollo, están aumentando los conflictos internos y las guerras civiles, y la situación económica se está deteriorando. Lo mismo cabe decir de los

problemas de los refugiados y las personas desplazadas. En África las utilidades del desarrollo se dedican a atender el servicio de la deuda, que ha venido agotando las energías de África y cambiando de sentido la corriente de recursos. Si los países desarrollados tienen el deseo y la voluntad política sinceros de ayudar al desarrollo de África, deben tratar de alcanzar las metas internacionalmente convenidas en materia de asistencia oficial para el desarrollo. Deben resolver el problema de las deudas externas de África y abstenerse de tomar cualesquiera medidas que obstaculicen los esfuerzos de sus Estados, como la imposición de medidas económicas coercitivas contra algunos países africanos por parte de determinados países desarrollados. A este respecto, me refiero a las medidas que los Estados Unidos de América han impuesto a mi país, al Sudán y a Nigeria, que han obstaculizado la ejecución de nuestros planes de desarrollo y han agravado la situación económica.

Todos los mecanismos, programas de desarrollo y organismos especializados de las Naciones Unidas deben movilizar los recursos financieros necesarios para el desarrollo de África. Tienen que acelerar la cooperación y la integración económicas en los planos regional y subregional, teniendo en cuenta que la cooperación entre los países del Sur es uno de los pilares fundamentales del proceso de desarrollo en África y de la autosuficiencia del continente.

Las instituciones financieras internacionales, tales como las instituciones de Bretton Woods, no deben imponer a los créditos y ayudas concedidos a África condiciones nuevas e injustas basadas en consideraciones políticas impuestas por algunos Estados en beneficio de sus propios intereses políticos. Esas condiciones privarían a algunos Estados africanos de los recursos financieros que necesitan para fomentar y aplicar los objetivos del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990.

Para terminar, deseo confirmar que mi país seguirá esforzándose por cumplir las obligaciones que le corresponden en lo que respecta al desarrollo de África, sobre la base de nuestras políticas fundamentales con respecto al continente y de nuestra convicción de que, si se permite que persista, la crítica situación económica en África desestabilizará la paz y la seguridad internacionales.

**Sr. Mahbubani** (Singapur) (*interpretación del inglés*): Vivimos en una época de confusión. Los expertos económicos de todo el mundo están perplejos. A la mayoría le han sorprendido los acontecimientos de los últimos 18 meses. Evidentemente, ahora tenemos una economía mundial muy dinámica que está siendo sacudida por nuevas

oleadas con una frecuencia cada vez mayor. Para obtener buenos resultados nuestras economías tienen que aprender a mantenerse a flote sobre estas olas. Los resultados anteriores no son garantía de éxitos o fracasos en el futuro. Las economías del Asia oriental, por ejemplo, lograron mantenerse a flote en el decenio de 1980 y a principios del decenio de 1990, pero han caído en los últimos 18 meses. La necesidad de aprender unos de otros es ahora incluso mayor. Cada nueva ola, aun cuando presenta peligros, también presenta oportunidades para que nos manejemos mejor.

A este respecto, es alentador que el informe del Secretario General sobre la marcha de los trabajos en la aplicación del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990 ofrezca algunas novedades positivas. En el informe se señala:

“Tras el examen de mitad de período, los países africanos han profundizado el progreso logrado anteriormente en diferentes esferas, que condujo a algunos a hablar de un ‘renacimiento africano’. Por cierto, comparado con lo ocurrido a principios del decenio de 1990, el doble número de países (40) indicaron tasas de crecimiento del 3% o más. Según el Fondo Monetario Internacional (FMI) la tasa de crecimiento anual media para el continente es del 4% a 5%, y están aumentando los ingresos per cápita. Además, la inflación se ha reducido notablemente, del 36% en 1994, al 10% en 1997. Se han reducido los déficit fiscales a la mitad durante los últimos cinco años y los déficit de las cuentas corrientes externas se han reducido al 2,5% del PNB. Fueron cuantiosas las corrientes de inversiones extranjeras directas hacia numerosos países africanos, y éstas aumentaron en un 6% a contar de 1995.”  
(A/53/390, párr. 11)

En el informe, por supuesto, se matiza esta evolución positiva con documentación sobre constantes debilidades y obstáculos al crecimiento, pero en general se dan motivos para sentir optimismo. Felicitamos a la Secretaría de las Naciones Unidas por este excelente informe, así como por la adición sobre la movilización de recursos adicionales.

Singapur ha mantenido un constante interés en el crecimiento y el desarrollo económicos de África. Cuando desempeñé por primera vez el cargo de Representante Permanente de Singapur ante las Naciones Unidas, de 1984 a 1989, tuve el privilegio de presidir las consultas oficiosas sobre la resolución relativa al Programa de Acción de las Naciones Unidas para la recuperación económica y el desarrollo de África, 1986-1990 (PANUREDA). El año

siguiente Singapur fue elegido para ocupar una de las tres Vicepresidencias del Comité Especial Plenario de la Asamblea General encargado de preparar el examen de mitad de período sobre la aplicación del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990.

No obstante, aun cuando tratamos de ayudar, constantemente tenemos presente que la experiencia de un Estado que es una pequeña ciudad y carece de recursos naturales no tiene necesariamente que ser pertinente para un continente tan rico. Sin embargo, siempre hemos abierto nuestras puertas a todos los que desean aprender de nuestra experiencia y nos ha complacido recibir a 27 líderes africanos, así como a varias delegaciones ministeriales, durante el pasado decenio.

Estas visitas de alto nivel complementan los esfuerzos que hemos emprendido para compartir nuestra experiencia en el marco del Programa de Cooperación de Singapur. Desde que se puso en marcha este Programa, más de 1.100 funcionarios de los países del África subsahariana han asistido a cursos en Singapur sobre diversos temas. También participamos en la Segunda Conferencia Internacional de Tokio sobre el Desarrollo de África, que se celebró recientemente, del 19 al 21 de octubre de 1998.

Teniendo en cuenta nuestro pequeño tamaño y el carácter limitado de nuestros recursos, Singapur es consciente de que, si trabajamos por nuestra cuenta, la difusión de los programas de asistencia técnica de Singapur no llegará muy lejos. No tenemos redes internacionales para difundir información sobre los cursos que hay en Singapur. Por eso, para aumentar el conocimiento y mejorar la calidad de los programas de Singapur, hemos establecido acuerdos de colaboración en materia de asistencia técnica con otros países y organizaciones internacionales. A esos acuerdos de colaboración los llamamos “programas de capacitación de terceros países”, y los hemos firmado con 11 países y ocho organizaciones internacionales. Singapur fue uno de los primeros países en contribuir al Fondo de Inversión del Commonwealth de África, que puso en marcha el Presidente Nelson Mandela en julio de 1996. Nuestro Alto Comisionado en Londres, el Sr. J. Y. Pillay, es el Presidente del Fondo de Inversión.

Singapur también trabaja conjuntamente con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) para brindar asistencia técnica con arreglo al Programa de Cooperación Técnica entre Países en Desarrollo (CTPD) y al programa conjunto de capacitación para los países del África subsahariana. El programa conjunto Singapur-PNUD

de capacitación para los países del África subsahariana organizará un curso para algunos países sobre desarrollo del mercado de exportación. Además, Singapur ha establecido planes renovables de asistencia técnica, de dos a tres años, adecuados a las necesidades específicas de Sudáfrica, Botswana, Namibia y Zimbabwe en materia de capacitación.

Hasta la fecha, Singapur ha podido trabajar sólo con 27 países africanos. Aunque todavía no hemos podido llegar a los 53, quisiéramos hacer más para incluir en el futuro próximo a otros países africanos en nuestros programas de cooperación técnica. Singapur está estudiando nuevas formas y medios de ampliar el alcance de nuestra asistencia técnica. Por ejemplo, hemos trabajado con Botswana en la esfera de la productividad, ayudando a establecer, en 1995, el Centro Nacional de Productividad de Botswana. A lo largo de tres años, en tres grupos, se capacitó en Singapur a promotores del equipo de mejoramiento del trabajo de Botswana. Singapur abriga la esperanza de que el centro no sólo sirva a Botswana sino que se convierta en un establecimiento de formación de primera línea cuyos cursos de capacitación sobre productividad sirvan a toda el África austral.

El sector privado también ha lanzado programas de asistencia para países africanos. En 1996 se anunció en Nairobi, Kenya, un plan de becas para África con el patrocinio de la *Singapore International Foundation* y del *Standard Chartered Bank*. Hemos realizado algunas publicaciones sobre nuestro programa de asistencia técnica.

En conclusión, permítaseme recalcar un argumento que planteé en mi introducción. En la confusión del entorno económico en que vivimos, la necesidad de aprender unos de otros es mayor. Por ello, Singapur continúa aprendiendo de otros países y al mismo tiempo comparte su experiencia con otros países. En el informe del Secretario General también hemos encontrado algunas conclusiones sobre el Nuevo Programa que, creemos, son pertinentes y aplicables no sólo al África sino también a todos los países en desarrollo. Por ejemplo, en el informe se pone de relieve que hay una mayor necesidad de lograr la integración económica regional y la buena gestión pública, de fortalecer el sector financiero y de reforzar y acelerar la liberalización económica. Creemos que este consejo es igualmente válido para todos los países en desarrollo en el nuevo entorno económico en que vivimos.

Hoy ninguno de nosotros puede estar absolutamente seguro de cuál es el camino correcto para llegar al desarrollo económico. La mejor forma en que podemos ayudarnos mutuamente es compartir nuestras experiencias. En noviem-

bre de 1995, cuando seis dirigentes africanos visitaron Singapur en camino a la Reunión de Jefes de Gobierno de los Países del Commonwealth celebrada en Auckland, el Primer Ministro de mi país, Sr. Goh Chok Tong, dijo:

“En los primeros años de nuestro desarrollo Singapur aprendió muchísimo de otros países. Si lo hicimos bien se debe, no en pequeña medida, a la ayuda que recibimos de otros países. No sólo aprendimos conocimientos prácticos reales sino que también evitamos sus errores. No tratamos de volver a inventar la rueda. Si ustedes piensan que nuestra experiencia es aplicable, nos alegra compartirla con ustedes.”

**Sr. Insanally** (Guyana) (*interpretación del inglés*): Tengo el honor de hablar en nombre de los 14 Estados miembros de la Comunidad del Caribe (CARICOM) que son Estados Miembros de las Naciones Unidas sobre el tema 24 del programa, relativo a la aplicación del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990, incluidas las medidas y recomendaciones convenidas en el examen de mitad de período. Lo hago apoyando plenamente la declaración que formuló anteriormente el representante de Indonesia, que ejerce la Presidencia del Grupo de los 77 y China.

Los gobiernos de la CARICOM se comprometieron hace mucho tiempo a brindar su solidaridad y apoyo al progreso económico y social de África y al desarrollo de sus pueblos. Puesto que provenimos de un pasado colonial similar, y vinculados como estamos por fuertes lazos históricos, los pueblos de nuestra región comparten muchos de los problemas de sus asociados africanos, así como sus esperanzas y aspiraciones de una vida mejor. Unidos en una lucha común por la libertad y la independencia políticas, ahora estamos juntos en nuestra lucha por la independencia económica, por la erradicación de la pobreza y por un futuro próspero para nuestros países a ambos lados del Atlántico.

Al considerar hoy la aplicación del Nuevo Programa contamos con la importante ayuda del informe del Secretario General y del adendo, que proporcionan un meditado panorama general de los progresos realizados y de los problemas con que se tropieza en el proceso. Aunque refleja algún optimismo sobre las perspectivas de crecimiento de África, el informe expresa claramente que no hay lugar para la complacencia. Lo importante es que destaca una serie de esferas que son motivo de constante preocupación y que exigen la atención urgente tanto de los propios Estados africanos como de la comunidad internacional.

Los países de la CARICOM celebran los avances en el fortalecimiento de la democracia y de la buena gestión pública en el continente. También observamos con satisfacción que el período de crecimiento negativo del producto nacional bruto per cápita que tuvo lugar en el decenio de 1980 y a principios del de 1990 ha sido seguido, en los últimos años, por un crecimiento positivo constante en la región en su conjunto y en varios países africanos en particular. Sin embargo, sigue preocupándonos profundamente que las tasas de crecimiento, a pesar de que en el período comprendido entre 1995 y 1997 alcanzaron un término medio de casi el 4%, distan mucho de los niveles requeridos para reducir la pobreza y en algunos casos ocultan diferencias entre países. Además, como lo señala el Secretario General en su informe, ni siquiera las tasas actuales de crecimiento se pueden sostener con los niveles actuales de inversión. Como consecuencia, si ha de lograrse la tasa de crecimiento del 6% propuesta en el Nuevo Programa es necesario movilizar urgentemente recursos adicionales.

Lamentablemente, las tendencias actuales de las corrientes de recursos que van al África son muy poco alentadoras. Al tiempo que los niveles mundiales de asistencia oficial para el desarrollo continúan disminuyendo constantemente, llegando a un mínimo de 0,22% en 1997, la participación del continente en esa asistencia se ha contraído, lo que ofrece un pronóstico preocupante para el futuro apoyo internacional. Al mismo tiempo, pese a los progresos en la reforma macroeconómica y en la liberalización del sector externo en muchos países, África en su conjunto sólo ha logrado atraer sumas muy insignificantes de capital privado, y éstas, como vemos, se concentran en no más de un puñado de países. Estas tendencias se ven agravadas por una onerosa carga de la deuda, cuyo servicio causa una considerable tensión y un drenaje de los escasos recursos que se destinan al desarrollo.

Por lo tanto, es evidente que, aunque se ha logrado algún progreso para mejorar la situación de África desde la adopción del Nuevo Programa, no se ha roto el círculo vicioso de subdesarrollo. Aunque el continente representa casi el 22% de la población del mundo, hoy sólo tiene algo más del 2% del comercio mundial, una estadística que revela un bajo nivel de inversión en el desarrollo. Además, con un producto nacional bruto extremadamente bajo, más de la mitad de la población de África vive en condiciones de pobreza deprimente, con pocas esperanzas de un mejoramiento real. Las señales de recuperación económica, aunque positivas, siguen siendo débiles y podrían desaparecer si no se refuerzan de inmediato mediante el apoyo internacional.

Por consiguiente, estamos de acuerdo con el Secretario General en que la comunidad internacional debe hacer más por África. No honrar los compromisos ya asumidos puede poner en peligro los beneficios que hasta ahora se han logrado. Como señala con razón el Secretario General en el párrafo 106 del informe que figura en el documento A/52/871:

“Deben adoptarse medidas concretas, pues el apoyo de la comunidad internacional a África no se medirá en declaraciones, sino en hechos.”

Además, como hemos sugerido, se pueden necesitar nuevos compromisos para garantizar que el desarrollo de África se coloque en una senda auténticamente sostenible.

En este contexto, la CARICOM exhorta a que se aumente el apoyo internacional a África. Apoyamos totalmente el llamamiento del Secretario General a los países del Comité de Asistencia para el Desarrollo en general y a los países del Grupo de los Siete en particular para que no sigan disminuyendo su asistencia oficial para el desarrollo como proporción del producto nacional bruto y para que hagan que la asistencia para el desarrollo recupere los niveles anteriores, históricamente altos, dentro de un plazo mutuamente convenido pero necesariamente limitado. Asimismo, apoyamos en general las recomendaciones del Secretario General en cuanto a la reducción de la deuda y al aumento de las corrientes privadas a África. En este contexto, celebramos y alentamos el proceso iniciado por el Gobierno del Japón en la Conferencia Internacional de Tokio sobre el Desarrollo de África (TICAD) y la iniciativa del Gobierno de los Estados Unidos en apoyo de África.

Por nuestra parte, los países de la CARICOM hemos emprendido varias iniciativas para intensificar nuestra cooperación con África. En septiembre pasado, los Ministros de Relaciones Exteriores y representantes de la CARICOM y de la Comunidad del África Meridional para el Desarrollo (SADC) y sus secretarías celebraron deliberaciones en Durban, Sudáfrica, con miras a oficializar las relaciones entre las dos agrupaciones regionales. Definieron las siguientes esferas de cooperación entre las dos regiones: el establecimiento de una alianza estratégica entre la CARICOM y la SADC para promover el comercio; la cooperación técnica sobre las normas de origen y un arancel externo común; la continuación de las negociaciones posteriores a Lomé IV; el intercambio de conocimientos técnicos entre las dos secretarías, y la participación de los sectores privados de la CARICOM y de la SADC para examinar oportunidades de comercio e inversión, incluidos el transporte aéreo y el turismo. La CARICOM también tiene la

intención de fortalecer sus vínculos con la Organización de la Unidad Africana y con otras organizaciones regionales y subregionales del continente. En el espíritu de cooperación Sur-Sur, nos proponemos trabajar de consuno en beneficio de nuestros pueblos.

Para concluir, deseo reiterar la opinión de la CARICOM de que el apoyo internacional al desarrollo de África debe responder a las propias prioridades de África y basarse en el hecho de que el proceso pertenece a África. Por consiguiente, consideramos que en los esfuerzos internacionales continuos por aplicar el Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990 deben tenerse plenamente en cuenta las opiniones de África sobre qué nuevas medidas deben adoptarse. Sólo de este modo podremos asegurar que nuestras iniciativas y medidas den lugar al desarrollo sólido y estable de África.

**Sr. Ndjemba Endezoomou** (Camerún) (*interpretación del francés*): Es para mí un honor y un privilegio hacer uso de la palabra en la Asamblea en nombre del Sr. Martin Belinga-Eboutou, Embajador y Representante Permanente del Camerún ante las Naciones Unidas, quien está participando ahora en Yaundé en la 10ª reunión ministerial del Comité Consultivo Permanente encargado de las cuestiones de seguridad en el África Central. Por lo tanto, debo expresar las opiniones de la delegación del Camerún sobre este tema del programa.

En el informe que examinamos, en el que el Secretario General solicita nuevas directrices de los Estados Miembros para el examen y evaluación final que se efectuará en el año 2002, se hace un balance de los progresos logrados en la aplicación del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990. Con este fin, en la primera parte del documento se toma nota de las medidas adoptadas en las respectivas esferas de competencia de los órganos del sistema de las Naciones Unidas en relación con las recomendaciones formuladas tras el examen de mitad de período sobre la aplicación del Nuevo Programa.

Es evidente que se han realizado esfuerzos considerables, que han sido descritos en forma detallada, en las esferas prioritarias: la aceleración de las reformas económicas, a las que algunos consideran la etapa inevitable del renacimiento africano, pese a algunas deficiencias; la promoción del sector privado y de las inversiones extranjeras directas, con la privatización como medio de movilización de recursos; la intensificación del proceso de democratización y el fortalecimiento de la sociedad civil, mediante cuyo logro la Carta Africana de Participación Popular

en el Desarrollo y la Transformación hallará su plena expresión, y la aplicación del concepto de la buena gestión pública.

También han sido objeto de especial atención en el informe otras esferas prioritarias, como la evaluación de las distintas iniciativas y medidas de alivio que adoptaron los países desarrollados y los llamamientos del Consejo de Seguridad a los países acreedores y a las instituciones de Bretton Woods para que reduzcan la carga de la deuda africana.

Otras esferas incluyen las medidas para facilitar los intercambios comerciales y la apertura de los mercados, la cooperación y la integración regionales y subregionales, el medio ambiente y el desarrollo, la diversificación de las economías africanas, la agricultura, el desarrollo rural, la seguridad alimentaria y los diferentes aspectos de la dimensión humana.

Los distintos esfuerzos realizados y los resultados obtenidos han sido posibles gracias a los sacrificios que hicieron los propios gobiernos y pueblos africanos, con el apoyo decisivo, ya sea bilateral o multilateral, de los países amigos y de las instituciones internacionales. Mi delegación desea aprovechar esta oportunidad para expresar una vez más la profunda gratitud del Gobierno de mi país a todos esos asociados. El Camerún y su pueblo son conscientes de la contribución considerable que todos esos asociados aportan a sus esfuerzos en pro de la recuperación y valoran dicha contribución de manera especial. El Camerún sabe que podrá continuar contando con ellos en la aplicación vigorosa y sensata de su programa de profundos cambios económicos y sociales.

La segunda parte del informe del Secretario General es una suerte de llamamiento urgente dirigido a los Estados Miembros en relación con los grandes desafíos que aún se han de enfrentar para que puedan lograrse plenamente los objetivos del Nuevo Programa de las Naciones Unidas.

Entre estos desafíos se encuentra, en primer lugar, la integración económica e industrial de África en la mundialización. En el informe se indica que, hasta la fecha, la mundialización de la economía se ha visto acompañada de una marginación notable del continente. De hecho, esa tendencia podría acentuarse, ya que es evidente que los beneficios que África obtiene en el comercio mundial disminuirán en una proporción de 1.200 millones de dólares por año, mientras que en otras partes del mundo pueden esperarse beneficios por valor de 30.000 a 90.000 millones de dólares en el año 2002. Además, el comercio de África

sólo representa el 2% del comercio mundial. La solución parecería radicar en la ampliación de la gama de producción de los países africanos, en un espíritu de complementariedad, aprovechando las economías de escala.

En segundo lugar, se presenta el desafío de racionalizar la coordinación y la complementariedad entre el proceso político mundial y las actividades operacionales sobre el terreno.

Mi delegación apoya los esfuerzos de racionalización emprendidos por el Comité del Programa y de la Coordinación en relación con el marco conceptual para las medidas que han de adoptar las Naciones Unidas, habida cuenta de las múltiples iniciativas que se observan dentro de nuestra Organización y en pro de un mejor seguimiento sobre el terreno. Además, compartimos la idea de crear —como se ha hecho como resultado de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo; de la Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Beijing, y de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social, celebrada en Copenhague— de un mecanismo intergubernamental de evaluación, que ha de reunirse periódicamente.

El tercer desafío es la movilización de recursos financieros. A la debilidad del ahorro interno en los Estados africanos se suma un marcado descenso de las corrientes de capital internacional hacia África. Lamentablemente, la asistencia financiera a ese continente, ya sea en forma de asistencia oficial para el desarrollo o en forma de inversiones privadas, se ha visto afectada por los movimientos erráticos de capital, que se dirigen en tiempo real hacia mercados financieros más lucrativos o más sólidos. Se prevé que, si no se toman medidas para detener esta tendencia, se vislumbrará otra crisis en el horizonte de las economías africanas.

Mi delegación apoya plenamente las propuestas que figuran en el informe respecto de los dos últimos desafíos, a saber, el establecimiento de mecanismos de seguimiento,

control y evaluación dentro de la Secretaría de las Naciones Unidas, junto con la posibilidad de una evaluación independiente, y la necesidad de una armonización de las iniciativas internacionales y bilaterales en curso.

África, una vez más, y ciertamente no por última vez, se encuentra en el centro de la labor de nuestra Organización. El examen del tema 24 del programa, tras la reunión de alto nivel y la reunión dedicada a las causas de los conflictos en África, es testimonio del interés de los Estados Miembros en ese continente. Mi delegación valora debidamente esta disponibilidad en la búsqueda de soluciones para los distintos problemas de África. En ese sentido, reiteramos nuestro apoyo a los diversos enfoques formulados en el informe del Secretario General sobre las causas de los conflictos y el fomento de la paz duradera y el desarrollo sostenible en África.

Sin embargo, permítaseme recordar una serie de hechos. Todas las estadísticas están de acuerdo en que aproximadamente el 80% de la población de África es rural; en que la economía africana se basa fundamentalmente en la agricultura; en que las mujeres representan más de la mitad de la población en cada uno de los Estados africanos; en que la juventud representa casi las dos terceras partes de la población; en que la mala infraestructura, sobre todo en el ámbito del transporte, es un obstáculo grave para el desarrollo de África, y en que, siendo iguales en tantas cosas, el umbral de la pobreza es lo que mejor comparten la mayoría de los Estados africanos. Esto significa que toda solución a los problemas del continente debe integrar la dimensión humana como punto de partida y como objetivo.

No cabe duda de que las reformas estructurales contribuyen a mejorar el entorno socioeconómico, pero tienen objetivos a corto plazo y, en muchos casos, sólo afectan a los actores económicos institucionales, en tanto que, para la gran mayoría de las mujeres, los jóvenes, las poblaciones rurales e incluso las poblaciones urbanas de África, se refieren a conceptos cuyas ventajas y méritos quieren ver reflejados en su vida diaria. La mejora de las condiciones de vida de esas diferentes capas sociales parece ser en todos los aspectos un factor determinante y un motor potencial del proceso de desarrollo en África.

Para mi delegación, es necesaria una acción profunda, lo cual exige que el ser humano en África, con todas sus dimensiones y todos sus problemas, sea el centro y el motor del desarrollo y que no se le considere únicamente de manera residual o como un simple elemento táctico.

Con esta convicción, desde lo alto de esta misma tribuna el Ministro de Estado encargado de las relaciones exteriores del Camerún recordaba el 30 de septiembre pasado el compromiso del Presidente Paul Biya de dar a la lucha contra la pobreza la más alta de las prioridades en su primer mandato de siete años.

Por su situación de infortunio, África ofrece amplias oportunidades para que todos nos unamos en la lucha. En este contexto, el Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990 debería promover un diálogo interactivo entre las distintas partes interesadas, más diversificadas hoy que en el pasado, a fin de encontrar juntos las respuestas apropiadas a los problemas africanos.

**Sra. Montoya** (Estados Unidos de América) (*interpretación del inglés*): Tengo el honor de dirigirme a la Asamblea General sobre la aplicación del Nuevo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el Decenio de 1990. Las naciones africanas y la comunidad internacional se enfrentan a muchos desafíos. Ninguno de ellos es más importante que trabajar juntos en pro del desarrollo sostenible, a fin de reducir la pobreza y restablecer la esperanza. En este sentido, los Estados Unidos hacen suyo el informe y las recomendaciones del Secretario General sobre el examen de mitad de período del Nuevo Programa. Acogemos con especial beneplácito las noticias del aumento del crecimiento económico, la reducción de la inflación y el alza en el ingreso per cápita en el continente en su conjunto, a pesar de los conflictos que tienen lugar en algunos países. También acogemos con beneplácito los vínculos que se están estableciendo entre la Iniciativa especial para África del sistema de las Naciones Unidas y el Nuevo Programa para el Desarrollo de África, así como los resultados de la segunda Conferencia Internacional de Tokio sobre el desarrollo de África. Se trata de un esfuerzo integrado, reflejo de unas Naciones Unidas más centradas y más eficaces.

Queda mucho por hacer. Aunque algunas naciones africanas han realizado esfuerzos sustanciales en la recuperación económica, esos logros se ven amenazados por la crisis financiera internacional, así como por fenómenos climáticos. Como se indica en el informe del Secretario General sobre la marcha de los trabajos, hay que esforzarse más en la esfera del fomento del sector privado y de las inversiones extranjeras directas, en la democratización, en el fortalecimiento de la sociedad civil y en el alivio de la deuda. La carga de la deuda de muchos países africanos y la rémora que supone para el desarrollo se han agravado por la desaceleración general de la actividad económica mun-

dial. Estamos de acuerdo con la evaluación del Secretario General de que esta es una esfera que evidentemente hay que abordar con el Banco Mundial y con el Fondo Monetario Internacional.

También queremos señalar el énfasis que pone el Secretario General en los conceptos de la propiedad y la participación mundial en este esfuerzo. Como dijo aquí el Presidente Clinton hace un mes, la mundialización de la economía mundial es una realidad; entraña desafíos al igual que oportunidades. Todos estamos vinculados a través del comercio, los viajes y las comunicaciones. Las acciones de un país tienen repercusiones en otros.

La propiedad nacional y la participación mundial son las claves del Nuevo Programa para el Desarrollo de África y de la Iniciativa especial para África del sistema de las Naciones Unidas. El examen de mitad de período del Nuevo Programa indicó que África ha empezado a adoptar medidas importantes para hacer frente a los problemas del desarrollo sostenible, el deterioro del medio ambiente, el avance de la mujer, la salud y la infraestructura, a través de los muchos servicios de los organismos de las Naciones Unidas y de las conferencias regionales disponibles. Este consenso sobre política de desarrollo tiene en cuenta la mundialización de la economía. El Nuevo Programa para el Desarrollo de África establece el marco normativo necesario para cumplir nuestra misión, mientras la Iniciativa especial desarrolla ese marco y lo coloca en un contexto operacional.

Es importante consolidar los programas de desarrollo sobre la base de las prioridades para el desarrollo nacional establecidas a nivel regional y a nivel nacional, y de conformidad con el consenso acordado por la comunidad internacional sobre la forma de asignar los recursos de las Naciones Unidas. La coordinación entre los funcionarios nacionales, los expertos en desarrollo de la propia África, los especialistas en la comunidad de desarrollo y las Naciones Unidas a nivel del terreno es esencial para desarrollar iniciativas pragmáticas y realistas. En muchos países afligidos por los conflictos un problema fundamental es convertir la asistencia para casos de emergencia en programas de desarrollo sostenible.

África se enfrenta a problemas tremendos. Muchos países siguen sufriendo conflictos civiles, tasas elevadas de crecimiento demográfico, falta de transparencia, una carga de la deuda insostenible e inversiones mínimas, tanto nacionales como extranjeras. Nuestra respuesta, en nuestros propios esfuerzos bilaterales y multilaterales en pro del desarrollo, es trabajar más a menudo con los interesados y centrar más la atención en que los propios africanos sean

los dueños de su proceso de desarrollo. Los Estados Unidos seguirán apoyando esa potenciación en nuestro programa de asistencia para el desarrollo, tanto bilateral como multilateral.

La buena gestión pública, la rendición de cuentas, la transparencia, la moderación, el imperio de la ley y una sociedad civil activa son los elementos de una buena estrategia. El apoyo internacional al establecimiento de la capacidad es un componente que pueden proporcionar las Naciones Unidas. El diálogo entre los interesados, incluidas las organizaciones no gubernamentales, es también una clave del progreso. El examen trienal realizado este año respecto de las directrices para las actividades operacionales

de las Naciones Unidas para el desarrollo es una oportunidad para mejorar el suministro de la asistencia técnica de las Naciones Unidas y para centrar los recursos en los países menos adelantados, muchos de los cuales están en África.

Los Estados Unidos consideran que se están produciendo signos importantes y prometedores en el sentido de que la comunidad internacional es consciente de la ola de cambios que tiene lugar en África. Agradecemos esta oportunidad que se nos ofrece para expresar nuestro apoyo a los progresos logrados y para subrayar los desafíos que nos esperan.

*Se levanta la sesión a las 18.00 horas.*